

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 782.

SUMARIO

Su Eminencia el cardenal arzobispo de Malinas; grabado. — Escenas marítimas. — Estudios literarios. — El huracán del 30 de octubre en las Antillas; grabados. — Las fiestas de Navidad en Alemania; grabado. — Revista de Paris. — Poesías. — Los archivos y el Museo de los Archivos del imperio francés; grabado. — La práctica de la caridad, por Darjou; grabados. — Mademoiselle Sombreuil. — El castigo de un blasfemo. — Tipos ingleses; grabados. — Un teatro de estilo morisco en Tiflis; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — Flourens; grabado. — Benazet; grabado. — Incendio del teatro de Belleville; grabado.

demonstró en los treinta y seis años que desempeñó sus eminentes funciones le grangearon el afecto del Sumo Pontífice y le constituyeron en representante del par-

tido católico en Bélgica. Con su influencia favoreció la reunion del congreso de Malinas que ha hecho tanto ruido desde hace algunos años en el orbe católico.

Leopoldo I profesaba tambien al prelado un sincero cariño, y en 1838 le nombró gran cordon de su orden.

Su Eminencia era además gran cruz de la orden de Leopoldo de Austria, y formaba parte de la congregacion del Index y de los Ritos.

El espíritu de Su Eminencia era tolerante y moderado, y se habia aplicado siempre á conciliar los principios de la constitucion belga con el rigor de las enciclicas pontificias. En 1864 sostuvo una polémica con la *Civilla católica* para apoyar los sentimientos de los católicos belgas.

Las exequias de Su Eminencia tuvieron lugar el 10 de diciembre en Malinas, en medio de una afluencia extraordinaria de asistentes y con una gran pompa.

La ceremonia religiosa se efectuó en la iglesia metropolitana de Saint-Rombaut. Monseñor Isidoro Dechamps, obispo de Namur, debia pronunciar la oracion fúnebre del difunto; mas habiendo sido nombrado arzobispo de Malinas, pronunció el discurso preparado el canónigo Robest, director del colegio de Saint-Rombaut.

R. DE M.

Su Eminencia

EL CARDENAL ARZOBISPO

DE MALINAS.

Su Eminencia el cardenal arzobispo de Malinas, primado de Bélgica, ha fallecido en su arzobispado el 6 de diciembre de 1867.

Engelberto Sterckx, habia nacido en la aldea de Ophen, cerca de Bruselas, el 2 de noviembre de 1792, de modo que tenia setenta y cinco años. Se ordenó en 1815 y fué nombrado sucesivamente, profesor de filosofía y de teología moral, en el gran seminario de Malinas; cura párroco de Bouchout, cura decano de Nuestra Señora de Amberes, vicario general de Su Alteza el príncipe de Mean, décimotercero arzobispo de Malinas, cuya sucesion recogió monseñor Sterckx cinco años despues.

El 8 de abril de 1832 el difunto prelado fué consagrado arzobispo cardenal, con el título de *Bartholomé dans Ile*, título que fué conferido al primer arzobispo de Malinas, el ilustre Cardenal Granvelle.

Las altas cualidades que



Su Eminencia el cardenal Sterckx, arzobispo de Malinas, primado de Bélgica, muerto el 6 de diciembre de 1867.

Escenas marítimas

(Conclusion.)

Este espectáculo, que presentaba á nuestra imaginacion el recuerdo de los males que acabábamos de padecer, nos hizo insensibles á los que teniamos á la vista, permaneciendo inmóviles sin pensar en otra cosa mas que en el bergantin, hasta que un ruido de pasos hirió nuestros oidos.

Descubrimos á cinco ó seis varas de nosotros dos hombres vestidos á la turca, á quienes dirigí la palabra en inglés, que ellos no comprendieron; pero mi compañero, que entendía el turco, les habló en su idioma, y por ellos supimos que no nos encontrábamos en Rodas, como creíamos, sino en la costa de Caramania, cerca del castillo de Rosa, á distancia de setenta millas de aquella isla; no había ningun hogar en aquellos alrededores; y el pueblo mas cercano distaba á lo menos tres millas.

¿Qué podíamos hacer? yo me hallaba postrado á lo sumo: mis vestidos empapados en agua salada me cababan hasta la piel, sentía terribles dolores en la cabeza, y el tumor que me había salido en el sobaco me ocasionaba dolores insufribles.

Temí que me sería imposible andar dos pasos; no obstante hice los mayores esfuerzos, y cuando los turcos nos dijeron que les siguiéramos, me levanté apoyándome en un baston que uno de ellos me alargó y me dispuse á andar.

El cocinero imitó mi ejemplo, aunque tuvo que sufrir mas que yo, pero el temor de quedarse solo y la certeza de morir abandonado despertaron su valor y suspendieron por un momento el progreso del mal que le devoraba; levantóse pues, tomó un palo y nos siguió.

El camino era cascajoso y árduo; el cocinero y yo, que íbamos á retaguardia, andábamos á sotavento, y el marinero que nos había salvado seguía en el centro, llevando la vanguardia los dos referidos turcos.

En esta disposicion íbamos andando muy despacio, sufriendo los ardores de un sol abrasador; sin embargo, á medida que adelantábamos, el pais aparecía mas hermoso, y de trecho en trecho se descubrian sitios mas amenos, cuya vista reanimaba mis fuerzas.

A la caída del sol llegamos al lugar de que nos habían hablado los turcos, y encontramos en él un agente del consulado turco; pero no se nos permitió entrar en la poblacion hasta saber el resultado de las diligencias practicadas por el marinero.

Este no ignoraba que si declaraba que nos hallábamos acometidos de la peste, seríamos repelidos sin remedio; ciñóse pues á pedir al agente socorros y un asilo, mientras participásemos al consul inglés residente en Rodas nuestra situacion; mas sabiendo aquel que veníamos de Egipto, y recelando, tal vez por el semblante pálido de su interlocutor, que podíamos estar contagiados, nos señaló una casa en las inmediaciones del pueblo, adonde nos trasladamos con mucho trabajo.

En esta habia dos aposentos; el uno se destinó para el marinero, y en el otro nos acomodamos el cocinero y yo. Aunque me consideraba apestado, temia el contacto de los demás.

Sin embargo, el cansancio del viaje y el aire libre habían mitigado mi ardor, mi cabeza se había despejado y mi sangre circulaba mas libremente, de modo que no quise hacer cama con el cocinero, á quien creía próximo á morir: por otra parte no queria habitar con el marinero por no exponer la vida de mi libertador; y en esta alternativa pedí al turco que nos había acompañado á aquella morada y cuya casa no distaba mucho de la nuestra, me permitiese alojarme en su caballeriza, lo que me concedió mediante dos libras esterlinas que le regalé.

También le compré una manta vieja de lana, y despues de haber cogido una piedra grande para que me sirviera de almohada, me zambullí envuelto con ella en un monton de estiércol.

Desde luego me sobrevino la calentura, y á las dos horas de haberme echado, caí en un terrible delirio que ofrecia á mi exaltada imaginacion mil visiones descabelladas y fantásticas. En estos ensueños, tan presto veia al desdichado marinero que la tripulacion del bergantin había arrojado al mar, como se me presentaba el cadáver del capitán rodando á los piés del feroz Demetrio Condova; representábase igualmente el infeliz italiano que habíamos abandonado en la lancha, y ofrecíase también á mi imaginacion el incendio y naufragio de dicho buque con todos sus horrores.

A estas visiones tristes sucedieron otras pinturas mas risueñas; figurábase me mi anciano padre me estrechaba entre sus brazos, que volvía á encontrar á mis hermanas, que había dejado solteras, casadas y dichosas madres de familia.

Pero bien presto desaparecieron estas fantasmas halagüeñas reemplazándolas un nuevo espectáculo. A mi lado y en torno del lecho de estiércol donde me había echado, descubrí algunos turcos armados de antorchas, sables y fusiles, cuyas miradas expresaban el furor y la venganza.

— ¡La peste! exclamaban en un lenguaje que en aquel entonces pude comprender, ¡la peste! ¡malditos á todos los perros cristianos que han infestado nuestra isla!

A estas palabras, levantaron sus amenazadoras cimarras para herirme.

Conmovido y aterrado, huí con precipitacion; pero su carrera era mas rápida que la mia, y ya iba á caer á sus piés herido por mil golpes, cuando la conmocion que me ocasionó este lance me restituyó el uso de los sentidos.

Pensad cuál sería mi espanto con la cruel vision que en sueños se apareció antes á mi espíritu, y que ahora se reproducia con toda realidad.

Efectivamente, vi en derredor mio los mismos hombres, con los mismos semblantes, usando el propio lenguaje, y muchos brazos levantados para herirme, cuando en medio de ellos divisé un turco venerable que les hablaba con energia.

Aunque no entendia las palabras, adivinaba su sentido por el aire de compasion con que me miraba: su semblante estaba lleno de nobleza y se parecía á aquellas bellas figuras patriarcales cuyos modelos nos ha trasmitido el pincel de los artistas; su espaciosa frente denotaba su grandeza de alma.

Al cuarto de hora consiguió calmar á sus paisanos, se acercó á mí preguntándome en italiano si necesitaba alguna otra cosa; pedile agua porque me sentia atormentado de una sed cruel, y le rogué me contase lo que había sucedido.

Notifiquéme que el desgraciado cocinero había muerto, y que en medio del delirio que había precedido á su postrer suspiro, había pegado fuego á la casa donde yo le había dejado la noche anterior con el marinero.

Poco despues entró este en la caballeriza escoltado por veinte turcos que le seguian á alguna distancia; ¡desventurado! entramos ibamos á sufrir la misma suerte, porque debia estar á mi lado y respirar el mismo aire, segun así lo habían resuelto los turcos, de miedo, que mi camarada se hallase igualmente infestado.

No tardó en presentarse de nuevo el sugeto que me había librado de la saña de sus compañeros, el cual me hizo tomar una bebida que traia, y un médico que le acompañaba me dió una abundante sangria, ordenándome un baño por todo el cuerpo con una sustancia oleosa que me presentó. Obedecí sus órdenes, y me sobrevino un sueño profundo.

Ignoro lo que despues sucedió, pero cuando desperté encontréme echado en un sofá con la cabeza y cuerpo envueltos en mantas, bañado todo el cuerpo de sudor copioso, habiendo disminuido el dolor que sentia antes en los sobacos.

Tendí luego la vista en mi rededor, y observé con pasmo que la pieza donde me hallaba en nada se parecía á la caballeriza que tan tristes ideas me recordaba. Una luz agradable penetraba en ella al través de las persianas, cuyas ventanas góticas estaban adornadas de cortinas encarnadas, y un hermoso sofá formaba todo su ajuar; al otro lado había un anciano, el mismo que yo había visto en la caballeriza, quien al ver que mis ojos se entreabrian, mostró en su semblante la viva alegria que experimentaba.

— ¡Desgraciado! dijo mirándome enternecido, y conociendo que queria hablar, me puso el dedo en la boca y me hizo prometer que no diria una palabra.

Contestéle con una seña, manifestándole mi conformidad; pero me asaltaron tantos pensamientos, que por poco no faltó á mi promesa. ¿Qué se había hecho de mi compañero de desgracia? ¿Qué suerte le había cabido?

Supe por la contestacion, que aquel desdichado se hallaba entonces acometido de la peste.

La benevolencia de mi bienhechor traia su origen de una de aquellas casualidades que la divina Providencia dispensa á los hombres para ostentar su bondad y su poder en los trances mas apurados.

En la guerra que acababa de asolar el Archipiélago y que terminó en Navarino con la intervencion de las escuadras inglesa, francesa y rusa, mi huésped tenia un hijo á quien un inglés salvó la vida en el instante en que iba á perecer á manos de los griegos; y esta mediacion generosa, sin la cual hubiera perdido el báculo de su vejez, había grabado en su corazon una gratitud profunda para con la nacion inglesa.

Gracias á sus desyelos, mi mejoría iba diariamente á mas. A poco rato vino á visitarme el médico, quien examinó escrupulosamente el hubon, me ordenó nuevas fricciones y se marchó dándome buenas esperanzas; mas tarde volvió y me hizo tomar un baño.

Entre las cosas buenas que se encuentran en Oriente, la mejor á mi entender son los baños; así fué que me parecía que mi cuerpo iba adquiriendo nueva fuerza y soltura en las manos del bañista guarnecidas de fieltro, de modo que luego que me incliné á la convalecencia, ya nadie temia acercárseme.

Quise aprovechar de esta mejoría para visitar á mi pobre compañero, á quien encontré en un pabellon aislado, teniendo á su lado un turco jóven.

Estaba tendido sobre una alfombra, y al ruido de la puerta levantó la cabeza, me reconoció y me miró sonriéndose como si quisiese felicitarme por mi restablecimiento; luego inclinando sus ojos al pecho, que tenia cubierto de manchas negras, y enseñándome con el dedo un enorme hubon que tenia en el cuello, del que salia un pus infecto, meneó la cabeza tristemente, y dijo entre dientes algunas palabras que no pude entender.

Me propuse consolarle y reanimar su valor por medio de algunas palabras, pero continuó meneando la cabeza.

— Pocas horas me quedan de vida, me dijo muy conmovido.

¡Ay de mí! demasiado ciertas fueron aquellas palabras; el mal había hecho tan rápidos progresos, que ya sus ojos estaban apagados. Sin embargo aquella tarde experimentó una mejoría notable; sus ojos, tan opacos, adquirieron un brillo sobrenatural, y un vivo encarnado bañó su rostro.

— Es extraño, me dijo, que me halle mejor; mis miembros están libres, no siento opresion ninguna.

También yo participé de su esperanza; pero bien así como una luz que espere en un vivo resplandor, la vida de este hombre despidió su última chispa.

Esta mejoría fué precursora de la muerte; quiso beber un vaso de vino; yo se lo di, pero al arrimárselo á los labios, le sobrevino un desmayo, profirió algunas

palabras incoherentes y el nombre de María, y despues de dos horas de delirio, exhaló el postrer suspiro.

No pintaré el dolor que me causó la pérdida de este amigo; bastará decir que no he sentido otro igual; pero lo que contribuyó á aumentar mi pesar fué que, en la situacion en que me hallaba, no podía recompensar sus buenos servicios como hubiera deseado, teniendo que ceñir mi gratitud á erigirle un sencillo sepulcro. Desde entonces ya no pensé mas que en abandonar aquel pais, puesto que me hallaba restablecido enteramente á beneficio de los baños y sudoríficos.

Mi intencion era irme á Rodas, donde confiaba encontrar un buque que me trasportase á Malta, y de allí pasar á Francia ó á Inglaterra. Di conocimiento de este proyecto á mi bienhechor, y envié una carta al gobernador de aquel lugar para que se sirviese levantar la cuarentena á la cual me había sujetado con todos los de la casa.

Ocho dias despues recibí la contestacion, que se reducía á decirme que en aquel momento había una embarcacion próxima á salir de aquella isla, y que podía aprovechar tan favorable coyuntura.

Despedíme inmediatamente del anciano turco, que quiso acompañarme hasta el puerto, y despues de haberle pagado sus servicios y hospedaje con tanta liberalidad como me fué dable, me metí en una góndola para alcanzar el buque en el que había de hacer la travesía.

Me apresuro á trasladar á mis lectores á Malta, donde llegué sano y salvo despues de haber hecho veinte dias de observacion en Rodas.

Paseándome una tarde por el puerto de Malta en medio de los traficantes de café y vendedores de agua helada, reparé unos mendigos andrajosos de que abunda aquel sitio, y entre ellos divisé una cara que me llamó la atencion, aunque no pude recordar dónde la había visto.

Este hombre llevaba un traje del pais, á saber, una pequeña chupa con tres ó cuatro hileras de botones en forma de campanillas, ceñido el cuerpo con una faja encarnada, y en la cabeza un gorro del mismo color. Presentaba una facha asquerosa, y sus facciones denotaban audacia y perfidia.

Observé la atencion con que yo le miraba, y al verme quedó pasmado, volviendo la cara para no ser conocido, y alejóse para ocultarse entre la muchedumbre. Yo no sabia qué pensar de este encuentro, y en balde procuraba reparar mi memoria, cuando se me acercó un buhonero para preguntarme si queria comprar un rico puñal que yo había traído de la India y que me habían robado los piratas á bordo del *Espíritu Santo*.

Un destello de luz alumbró mi entendimiento, y presumi desde luego que el hombre cuya figura me había causado tan viva impresion podía ser uno de aquellos bandidos que nos robaron. Pregunté al vendedor cómo había adquirido aquel puñal, y por sus respuestas me convencí de que no eran vanas mis sospechas.

En efecto, aquel hombre era uno de los que nos habían robado, y fué tal mi interrogatorio, que confesó su delito, y habiéndole ofrecido los jueces que entendieron de su causa que le salvarian la vida si declaraba dónde residian sus cómplices, dijo que los demás malhechores se habían ocultado en el golfo de Ejina en la costa de la Argólida, á veinte y cinco millas de la isla de Poros.

Esta declaracion pasó desde luego al gobernador, quien mandó armar una goleta de guerra confiándome su mando.

Despues de una dichosa travesía, la goleta, que era muy velera, entró en el golfo y fondeó delante de la isla de Poros. Por no infundir sospechas abandoné el buque, y saltando en la lancha con veinte y cinco hombres bien armados, me dirigí á la costa que alcancé al cabo de cinco horas.

Salté en tierra con el hombre que había encontrado tan milagrosamente en Malta, y entramos nos encaminamos á la morada de los foragidos. Confieso que mi imaginacion, llena aun de las escenas de horror que los bandoleros habían cometido á bordo del *Espíritu Santo*, pensaba encontrar una costa áspera y salvaje, un pais desierto y casi inhabitable; discurrí pues, cuál sería mi sorpresa, cuando, en lugar de lo dicho, hallé un terreno feraz, cuajado de grato verdor, y las laderas y colinas adornadas de altos cipreses y lozanos plátanos.

La mansion de los foragidos estaba situada al pié de una colina en medio de un bosquecillo de moreras, olivos y limoneros. Dispuse mi gente de manera que no pudiesen escaparse los malvados: me adelanté luego con cinco hombres, entré en el patio y me dirigí á la puerta, que abrieron sin la menor resistencia.

La primera pieza donde estuvimos era digna bajo todos respectos de los miserables para quienes estaba destinada. Cerca del hogar había sentados dos hombres de facha salvaje y feroz, en medio del cuarto había unas tinajas de vino vacías, y por muebles había colgados de las paredes algunos harapos, un largo biombo agujereado y algunos colgajos de alfombra tendidos en el suelo sin sillas ni mesa.

Afiñé á aquellos hombres pasmados de nuestra visita; pero no tardaron en adivinar el objeto, cuando vieron á su compañero con nosotros. Despues de atados de piés y manos, los confiamos á la custodia de uno de los nuestros, con orden de levantarles la tapa de los sesos al primer ademán de escaparse.

Subimos luego al primer piso, donde cambió la escena por ser la habitacion del jefe. El contraste que formaba este local con el que habíamos pasado anteriormente era tal que hubo momentos en que creí estar soñando: por todos lados brillaba el oro y la plata,

era su marido; y esto no obstante, había contratado matrimonio con Doña Leonor de Castilla que era parienta suya en grado prohibido, y no podía haber matrimonio entre los dos.»

El papa atendió las razones de la de Vidaura y encomendó su causa á los auditores de la Rota. El mismo Don Jaime determinó en esto separarse de su consorte, alegando su parentesco. La sentencia de separación fué pronunciada por un legado del papa. La reina Doña Leonor se partió entonces á Castilla, colmada por Don Jaime de honores y riquezas, que este quiso darle en cambio del amor que la había prometido y no tenía.

Cerca se hallaba Doña Leonor con su comitiva de las castellanicas fronteras é iba á abandonar aquel territorio de Aragon, del que hasta entonces fuera reina, cuando sintió algun rumor en torno á la litera en que era llevada, y asomándose vió á sus pocas gentes turbadas é inquietas. Era que acababan todos de distinguir en medio del camino á un grupo de caballeros que al parecer estaban allí con ademán hostil. En efecto, cuando la comitiva de la reina estuvo cerca de aquellos guerreros, el que parecía su jefe se adelantó y gritó á los servidores.

— ¡Paso á don Blasco de Alagon y á los caballeros de su mesnada!

Al oír los escuderos el nombre famoso y respetado del mayordomo mayor del reino, inclinaron todos la cabeza é hicieron humildes á un lado. Don Blasco pasó por entre todos y se llegó hasta la litera donde iba la reina, que asombrada y atónita le preguntó qué era aquello y qué significaba aquella especie de aparato de guerra.

Don Blasco de Alagon, despues de excusarse y de pedir perdón, le dijo con marcial desenvoltura y ruda franqueza que todo aquello era porque el rey le adeudaba mas de treinta mil morabatines de pagas y sueldos del tiempo en que con sus hombres y barones le había servido en Cataluña.

— Y esto á mí, señora, añadió don Blasco, á su leal servidor que le ha ganado seis castillos y dos ciudades, mientras que á vos, señora, á quien solo debe disgustos y penas os colma de regalos y presentes, de joyas y de preseas, no obstante salir desterrada de su lado. Vos, Doña Leonor, no trajisteis dote al rey cuando con él os casásteis, y así todos los cofres llenos de tesoros que os ha dado, merced es que el rey os ha hecho, y pues es merced, primero es pagar lo que debe el rey á sus servidores que no hacer mercedes á quien no debe nada. Permitidme por lo mismo, señora, que bajen mis sirvientes vuestros cofres y que de ellos tome lo que Don Jaime me adeuda. Ya que mi señor y rey no me paga, me pagará yo mismo.

Así habló don Blasco á la reina, y concluido este razonamiento se acercó á los cofres que su gente había depositado abiertos en el suelo, separó en joyas y preseas lo que podía llegar á la cantidad que se le adeudaba, y sin tomar ni por valor de un solo morabatin mas, mandó cerrar otra vez los cofres y volverlos á su sitio.

Terminada esta operacion, don Blasco se acercó á la reina, saludóla con toda cortesía, ofrecióla su brazo y lanza para siempre que de uno y otra hubiese menester, y se despidió de ella dejándola proseguir tranquilamente su camino.

Irritóse sobremanera el jóven monarca de Aragon cuando supo el desacato cometido por don Blasco y determinó vengar el agravio hecho á Doña Leonor de Castilla. Súpolo á tiempo el de Alagon, y huyendo el enojo de su rey á quien ni quería ni podía resistir, pasóse á Valencia con todos los que en el hecho le habían acompañado, poniéndose al servicio del moro Zeit Abuzeit que á la sazón en Valencia reinaba.

VICTOR BALAGUER.

El rey de Siam.

Pronto hará un mes que el telégrafo nos anunciaba la muerte del rey supremo de Siam, que se llamaba *Pra-Bart-Somdetch-Phra-Chom-Klow*. La calificación de supremo que acompaña á su nombre, procedía de que se había quedado solo en el trono de Siam al fallecimiento de su hermano primogénito que, en virtud de una antigua costumbre de Siam reinaba con él, tomando el título de segundo rey de Siam. Sobre este punto diremos que este segundo rey no es efectivo, pues estando bajo la dependencia gerárquica del primero, no tiene derecho á ejercer en el gobierno del reino.

El soberano que acaba de morir era un príncipe notable, que unía á una ciencia profunda las mas excelentes prendas: así era tan simpático á sus súbditos y á los extranjeros que con él comunicaban. Filólogo distinguido, conocía todos los dialectos de la Indo-China, desde el sanscrito hasta el thai, y hablaba y escribía con facilidad el latin y el inglés. Además se ocupaba mucho en trabajos astronómicos y poseía en su gran palacio de Bangkok una de las mas bellas y curiosas colecciones de instrumentos de óptica y de precision. La afición que tenía este príncipe á las ciencias exactas y particularmente á la astronomía, le ha sido muy fatal, como veremos por los hechos siguientes:

Cuando llegó á Saigon la comision científica encargada por M. Le Verrier de ir á observar el eclipse del 18 de agosto último, el rey de Siam manifestó á las personas de la corte, que tenía intencion de asistir á las

observaciones de los sabios franceses. Con efecto, el 10 de agosto el rey, acompañado de varias personas de su familia, de los miembros del gobierno y de su comitiva ordinaria, desembarcaba en el puerto de *Wua-Wan*, no lejos del punto designado como punto central del eje del eclipse. Desgraciadamente esta region del litoral es insalubre; mas no por eso el rey dejó de asistir con toda la corte de Siam á las tareas de los sabios franceses. A los pocos dias de haber regresado á su capital el rey se vió atacado de una calentura intensa que se complicó con una disenteria, y el 1º de octubre falleció en su palacio de Bangkok á la edad de sesenta y cuatro años.

En cuanto se publicó la noticia de la muerte del rey, se reunió el consejo real en sesion solemne, y como con arreglo á las leyes del pais el rey difunto no se había nombrado sucesor, se declaró que el heredero natural y directo del trono era el hijo primogénito del rey. Consultado sobre ello el pueblo, se declaró unánimemente en el mismo sentido, y bajo este concepto, proclamaron primer rey de Siam y de Laos á S. A. R. el príncipe *Somdetch-Chufa-Chulalongkorn*, hijo primogénito del difunto rey supremo.

Con fecha 10 de octubre nos escriben de Bangkok que las ceremonias de la coronacion de los dos nuevos soberanos debían tener efecto en cuanto la salud del primer rey estuviere restablecida, pues tambien había caído enfermo con la misma fiebre que había arrebatado á su padre.

Ahora nos falta hablar del personaje mas considerable del gobierno siamés, que tiene en sus manos experimentadas la direccion general de los negocios, y por consiguiente la responsabilidad general del gobierno. Es este el primer ministro ó *kalahome*, *Chow-Phya-Sri-Sury-Wougse*, y tambien ministro de la Guerra, que hoy cuenta sesenta años de edad. Puede muy bien decirse que posee las cualidades que constituyen al hombre de Estado, pues á un profundo conocimiento de los negocios y á una grande elevacion de ideas, reúne una rectitud y una firmeza de carácter ilustradas por una notable sensatez diplomática y una urbanidad oriental. Tal es en breves palabras el retrato del eminente hombre de Estado que dirige desde hace mas de veinte años el gobierno de Siam. El consejo real acaba de dar una nueva prueba de su adhesión á la persona del primer ministro, confiándole la regencia durante la minoría del primer rey, que aun no tiene mas de quince años. Su Majestad el emperador Napoleon III, queriendo recompensar los servicios que ha prestado este alto personaje en las diferentes relaciones entre los dos paises, acaba de enviarle la cruz de comendador de la Legion de Honor.

Terminaremos diciendo que el reino de Siam, gracias al progresivo impulso que ha recibido del difunto rey y del primer ministro, debe contarse hoy entre los principales paises del extremo Oriente. La extension que ha tomado el comercio de Siam, ha facilitado tambien la conclusion de varios tratados de comercio firmados con diferentes potencias y particularmente con la Francia.

J. M.

Berryer.

(Conclusion. — Véase el N° 833.)

No; no era el mismo hombre: jamás he visto yo una transfiguracion tan completa. Entonces le ví como siempre nos aparecerá en nuestros recuerdos. Desde luego su estatura era superior á la de todos; su rostro, un poco largo en su parte inferior, se destacaba en plena luz sobre el fondo sombrío de la sala; su actitud á la vez grave é indolente hacia resaltar la robustez de los hombros y el vigor del busto. Su frente espaciosa, alta, ligeramente bombeada, admirablemente dibujada por los cabellos, que ya comenzaban á encanecer, se iluminaba con el brillo de su mirada. Su boca grande, de labios firmes, como era necesario para lanzar rayos y subyugar á las multitudes, formaba un arco incesantemente tendido por el movimiento de los anchos huesos maxilares. Su barba, de hermoso contorno, un poco saliente, completaba con las patillas recortadas, ese tipo de la belleza parlamentaria, que es tan diferente del que conocemos por bonito y elegante. Su chaleco blanco, bien aplicado al torso, contrastaba con los tonos satinados de su corbata negra, y el famoso frac azul de boton dorado, el frac histórico, completaba al Berryer que no habíamos reconocido en un principio.

Largo tiempo, mucho tiempo antes de esta escena, Eugenio Delacroix me había invitado para que fuese á ver sus hermosas pinturas del Hotel de Villa. Fui pues muy de mañana y encontré al maestro con algunos jóvenes artistas, discípulos suyos, cuyas cabelleras mal peinadas y blusas oscuras no anunciaban hombres bien penetrados de la eficaz virtud del principio monárquico. De repente aparece Berryer y todos los jóvenes fruncen el ceño; en tanto que él se va derecho al pintor, le estrecha la mano cordialmente y le dice:

— Amigo mio, no tengo hoy mas de una hora que consagrar á mis placeres y lo primero que hago es venir á veros.

Levanta la cabeza, contempla las pinturas, señala en breves palabras las bellezas y los defectos, y todo esto con interés, con un interés vivísimo.

Delacroix estaba radiante, los semblantes de sus alumnos se aclaraban como por encanto.

Luego volviéndose hácia mí Berryer, me dijo:

— ¿Estábais anoche en la *Sonámbula*? Mario se mostró tan grande artista en el final que no pude contenerme; le fui á dar un abrazo en el entreacto y le dije: «Amigo, mio, eso es; con vos ya no echaremos de menos á nadie.»

Tambien aquellos jóvenes artistas habrían dado un abrazo al hombre tan eminente como amable que, en cinco minutos, había sabido suprimir tan grandes distancias. Quizás, si él se lo hubiese dicho, habrían preferido en aquel primer instante un grito que no habría sido favorable á la república. ¿Cómo sorprendernos pues de que Berryer fuese tan popular!

Berryer era muy aficionado á la música italiana; sabia de memoria todo el repertorio y le tarareaba con una precision que le habrían envidiado muchos aficionados. Amigo íntimo de Rossini, el último invierno, en el cumpleaños del ilustre compositor, se hizo el intérprete de todos sus convidados echando un brindis que no se puede recordar hoy sin una emocion dolorosa. ¡Ay! ¿Quién habría dicho que aquellos dos amigos inmortales no tenían ya mas que algunos meses de vida, y debían fallecer el mismo mes, á quince dias de distancia?

Una noche del año 1850, en los Italianos Lablache había estado mas admirable aun que de costumbre.

Berryer me encontró en los pasillos y me dijo:

— ¡Qué hombre! ¡Qué artista! ¡Una alegría colosal que nada le cuesta á la dignidad humana! Es un bienhechor, pues nos consuela de los disgustos del dia. ¡Y decir que de ese maravilloso talento solo quedará un nombre!

Se interrumpió y añadió luego con una sonrisa:

— Pero ¿qué quedará dentro de cincuenta años de los Lablache de la tribuna?

Hé ahí Berryer copiado del natural, con su diletantismo, la delicadeza de su gusto, su afición á lo bello, sus presentimientos de improvisador, sabiendo muy bien lo que posee y lo que le falta. Repetimos, que preferimos pintarle en estos detalles de intimidad familiar, extraños á su vida pública, antes que redactar el catálogo tardío de sus triunfos de orador político ó de abogado. En los intervalos de las legislaturas, y luego en el periodo bastante largo que trascurrió entre el golpe de Estado y las últimas elecciones, Berryer no cesó de encargarse de grandes pleitos, de distinta naturaleza, que le dieron clientes, amigos y agradecidos admiradores en todas las filas de la sociedad, desde los príncipes de la tierra hasta los tipógrafos y los carpinteros. Estos últimos habrían sin duda rechazado la bandera, pero habrían expuesto su vida por el hombre.

Lo mismo en las provincias que en Paris, el efecto del momento era inmenso; y si este efecto no debe sobrevivir mas que en la memoria del auditorio, se nos ocurre hacer esta pregunta: ¿Quién corresponde mejor al ideal del orador de tribuna ó de foro? ¿El que alcanza inmediatamente el objeto que se propone, ó el que despues de haber tartamudeado ante sus compañeros ó sus jueces lega despues periodos elegantes y correctos á la admiracion de la posteridad? Entre la *Milontana*, que al cabo de veinte siglos hace todavía las delicias de los latinistas y el suplicio de los colegiales, y el discurso sobre la indemnizacion americana que arranca un voto de entusiasmo á una mayoría hostil, yo no vacilo, elijo á Berryer, y si se me dice que nadie se acuerda hoy de su discurso yo respondo, que como Ciceron no pronunció el suyo, en tiempo útil, su cliente fué á galeras.

En el conjunto de estos recuerdos he tenido cuidado de prescindir de los que se refieren mas especialmente á la política activa, porque son demasiado tristes, y lo mejor que hay que hacer es borrar sus huellas. Cuando la duquesa de Berry concibió el proyecto de su valerosa, pero imprudente tentativa en la Vendée, Berryer trató de disuadirla de su plan, y los hechos probaron que había hablado con acierto. Cuando el partido legitimista hizo una excursion á Belgrave-square, Berryer con cuatro de sus compañeros, creyó no debía emprender aquel viaje, malo para todos, para el gobierno de entonces que se irritó, para la mayoría de la Cámara que olvidó que nadie tiene el derecho de *deshonrar* lo que honra la opinion pública, y para los diputados excursionistas, los cuales con gran trabajo pudieron conciliar sus juramentos de viajeros con sus juramentos políticos.

Finalmente, cuando la revolucion de febrero y sus consecuencias parecieron reanimar las esperanzas del partido á cuyo frente estaba Berryer, creyó en la posibilidad de una restauracion por el parlamento y aconsejó la paciencia. Aquella paciencia dura todavía. Sus consejos de política espectralmente le enajenaban de tiempo en tiempo la fraccion del partido que llamaban los hombres de accion; pero como el mas notable de estos acabó ocupando un puesto en el Senado, nada en suma menoscabó la autoridad moral y popularidad de Berryer; ¡pálidas y lejanas imágenes que han pasado como pasan las ilusiones en el siglo de las realidades!

Vemos pues en Berryer una gran figura y una hermosa vida: el fin es digno del principio; una admirable unidad coordina todas las partes de este armonioso conjunto y dirige esa línea recta que va del banquillo de Miguel Ney á la valerosa agonía de Augerville. ¡Augerville! Esa residencia predilecta de Berryer habría merecido una descripcion aparte y entonces le habríamos visto en su casa, en toda su sencillez y cordialidad naturales, trabajando en la huerta, sonriendo,



Somdetch-Chufa-Chulalongkorn, nuevo rey de Siam y de Laos.



Kalahome-Chow-Phya Sri-Sury-Wougse, primer ministro del rey de Siam y de Laos.

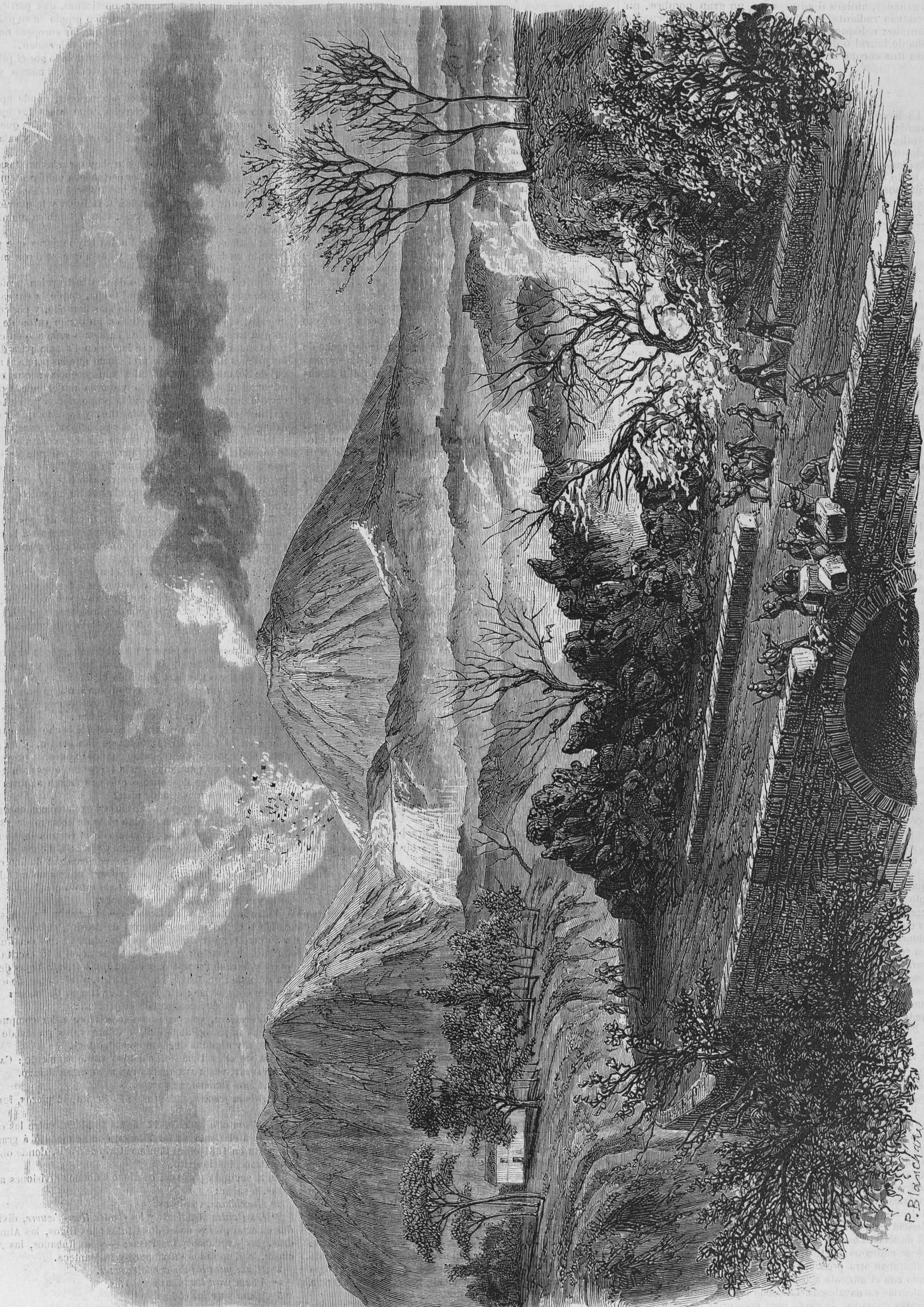
recibiendo con afabilidad suma á todo el mundo, lo mismo á los huéspedes ilustres que á las señoras que le miraban como al mas seductor de los galanes. Esta amable reminiscencia nos ayudará á concluir nuestro artículo. Nunca se insistirá lo bastante sobre la elocuencia, la bondad, el encanto, la lealtad, el exquisito

sentimiento de virtud, fidelidad y honor que caracterizaban á Berryer; pero se iria demasiado lejos, se arriesgaria tropezar con la incredulidad si se tratase de hacer de esa virtud una inmolation, de ese honor un sacrificio, de esa fidelidad un martirio. ¿Qué existencia ha podido ser mas embriagadora para todas las va-

nidades admisibles, para todas las sensaciones delicadas del entendimiento, de la imaginacion y del corazon? ¿Qué habrian podido dar una embajada, un ministerio, las pensiones y las placas en cambio de aquella situacion sin rival, tan envidiable cuanto era pura, tan admirable cuanto era elevada? Que Berryer permanezca



Exequias de Berryer. — El féretro depositado á la entrada de la sepultura de familia en la capilla de Augerville.



Erupcion del Vesubio. — Vista tomada del Observatorio.

P. Blanchard

para todo el mundo, jóvenes y viejos, entusiastas ó desengañados, amigos ó adversarios, un gran nombre, un recuerdo radiante, un hermoso sueño, un elocuente ejemplo: coloquemos sobre esa hermosa cabeza una corona de laurel ó de flores, pues no encontraríamos sitio para una corona de espinas.

A. DE P.

La biografía que acaba de leerse debía estar acompañada de un retrato del eminente orador; pero este retrato, que será una obra maestra de ejecución, como todos los que publicamos en nuestra galería de las *Celebridades contemporáneas*, no está concluido aun y por lo tanto aplazamos su publicación para uno de nuestros próximos números.

La erupcion del Vesubio.

¡Otra erupcion del Vesubio! No hace mucho tiempo que el terrible volcan habia ocupado la atencion, y se podia creer que el monstruo dormia, y que las poblaciones estaban al abrigo de un peligro próximo; pero diríase que las erupciones tienden á ser mas frecuentes.

Las lavas no tienen quizá la violencia de las que sepultaron á Herculano, Pompeya y Stalies en el año 79 de nuestra era; mas sin embargo, inquietan seriamente á las aldeas contiguas á la montaña.

Nuestros corresponsales nos envian sobre la última erupcion interesantes pormenores. Como puede verse en nuestro grabado, la erupcion tuvo lugar en el flanco de la montaña que mira al Monte di Somma. La lava corrió hasta el pié del cono principal en el barranco que se encuentra junto al Observatorio, y no tenia menos de tres metros de anchura. Y sin embargo, esta extension de lava no cubre mas que un trozo de la montaña; pero es de advertir que el Vesubio tiene 1,020 metros de altura y 40 kilómetros de circunferencia.

La lava continuó esparciéndose en una anchura de dos kilómetros. Las casas indicadas en nuestro dibujo quedaron destruidas, y las materias inflamadas se engolfaban en un torrente, cerca de un puente que se destruyó para que no pasaran. No puede calcularse exactamente el largo del curso de la lava; pero nuestro corresponsal indica 35 kilómetros, y los hechos que acabamos de citar demuestran que realmente llegó á las regiones habitadas. Como sucede siempre, esta erupcion llamó á una porcion de extranjeros deseosos de contemplar tan imponente espectáculo, en tanto que no sosiegan un instante los moradores de las aldeas contiguas. ¡Curiosidad por una parte y viva inquietud por la otra!

H. V.

Revista de Paris.

Está visto que en Paris no ganamos para sustos. Cuando se cree que los asuntos políticos están dormidos, que vamos á disfrutar de una paz octaviana durante algunos meses, que es á lo mas á que se aspira en el día, de repente cae como una bomba una noticia que nos saca de nuestra ilusion, que hace poner el grito en el cielo á los bolsistas, y que concluye por absorber la atencion general, hasta el punto de quitar el interés á todo lo que no se refiere á ese suceso. Esto nos ha sucedido en la semana última. Viviamos en la mas completa calma relativamente á las complicaciones europeas, cuando hé aquí que de la noche á la mañana resulta que los griegos y los turcos se declaran la guerra, y nos encontramos con el temor de que va á surgir de nuevo esa formidable cuestion de Oriente. ¡Y en qué momentos se alza ante nosotros este terrible espectro! Cuando comienza la temporada de las fiestas mundanas, cuando todo Paris se halla entregado á las ocupaciones del día de Año nuevo, ocupaciones tan variadas, tan agradables, sobre todo para la clase privilegiada que recibe á manos llenas. En vano la prensa oficiosa dice que no hay peligro; que podemos seguir comprando sin preocupacion de ninguna especie los nuevos confites de Siraudin, los perfumes de Guerlain, los juguetes de Giroux, y demás objetos que llevan esas marcas á la moda, como un infalible talisman que hace se reciban siempre con admiracion y agradecimiento; los parisienses, á pesar de esas protestas, se dicen á sí mismos que no es ocasion de gastar cuando pueden sobrevenir acontecimientos de incalculables consecuencias. Y hé aquí cómo las fiestas de Navidad y de Año nuevo sufren esta vez una terrible perturbacion por causa de la política, que inoportunamente descarga sobre nosotros una de sus mas tremendas amenazas.

Verdad es que no todo el mundo se impresiona con las tales noticias. Los que el sábado último asistían al primer baile de máscaras del teatro de la Opera, seguramente no manifestaban otra preocupacion que la de divertirse celebrando con el alboroto acostumbrado esta inauguracion de las alegrías carnavalescas. La noche estaba magnífica y los bulevares cuajados de gente para presenciar la entrada de las máscaras que en carruaje y á pié acudían hasta de los

barrios mas apartados para formar la múltiple y bulliciosa legion que pasa media docena de horas entregada á una danza infernal del carácter mas violento.

A propósito de estos célebres bailes que ponen en movimiento á tanta gente, nos parecen curiosos algunos datos estadísticos. En primer lugar hablaremos del personal del teatro, que es considerable, como lo demuestran las siguientes cifras:

La orquesta, dirigida por Strauss, se compone de 140 ejecutantes; y luego entra la cohorte de los empleados en la sala, las acomodadoras, los maquinistas, tapiceros, lampistas, encargados de la guardarropía; los mozos de café, los bomberos, la guardia interior y exterior, en todo 533 personas. Y no se crea que la guardia aumenta mucho el guarrismo, pues apenas pasa de cien hombres.

Toda esta gente cobra sueldo; pero además debe contarse, entre los que aprovechan la oportunidad de los bailes de máscaras, esa multitud de industriales que hacen en estas noches buenos beneficios, como los que alquilan trajes, los guanteros, los peluqueros, los fondistas y cafeteros de los bulevares, los pasteleros, confiteros, floristas, etc., sin contar los que se dedican á los oficios menudos de abrir las portezuelas de los coches, limpiar las botas, etc., instalados siempre á las puertas de los teatros.

En todo Paris hay diseminados como unos 400 depósitos de billetes para los bailes, cuya venta reporta un ligero beneficio.

En cuanto á los carruajes que se toman cada noche de baile de máscaras, se calcula por término medio en mas de mil: todas las calles adyacentes al teatro están llenas de coches como á las doce del día.

Pero vamos ahora á lo principal, á la gente que entra en la Opera.

El teatro contiene sesenta y cuatro palcos de á seis puestos cada uno, por término medio, y como están ocupados siempre, resulta que este primer capitulo da ya de sí un total de 384 personas.

Los billetes gratuitos que se reparten entre periodistas, artistas y amigos son 200.

Los billetes de hombres que se despachan por término medio, son 1,750.

Finalmente, para cada baile se regalan como unos 5,000 billetes de señora; de modo que suponiendo que no acudan mas de la mitad, tenemos 2,500.

Ahora bien, el total sin contar el personal citado mas arriba, es de 4,834 personas.

Todas estas cifras son auténticas, ó al menos como tales las da el periódico la *Petite Presse*, que dice las ha recibido del director de orquesta M. Strauss.

Las damas están en mayoría en la gran reunion del Teatro de la Opera, y así se explica el atractivo que ejercen en el mundo desocupado de Paris estas funciones semanales.

Aquí verdaderamente está en su lugar la preponderancia del elemento femenino; pero ¿deberia suceder lo mismo en los lugares donde se debaten cuestiones filosóficas, sociales y políticas? La respuesta que acudirá á los labios de todos será sin duda negativa; y no obstante, tenemos que decir que en todos esos centros donde se exponen tales cuestiones, la mujer abunda y no se limita al papel de espectador, sino que toma parte en la lucha.

Y á decir verdad esta agitacion femenina no es solo de Paris, sino que se nota igualmente en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos.

¿Qué resultará de este movimiento? Palabras y no otra cosa, cuando no se trate de modas y otros asuntos que son de su competencia exclusiva.

Entre las reuniones mas notables de que se hace mencion, se cita un congreso de mujeres en Stuttgart, presidido por un capitán veterano.

Tratóronse allí la mayor parte de las cuestiones relativas á la emancipacion de la mujer, á su influencia social, á su papel en la familia y hasta á la lactancia de los niños. No sabemos qué competencia podia tener el presidente para dilucidar este último problema, pero parece que el buen capitán es un marido solícito y un padre cariñoso que entiende sin duda en materias tan delicadas.

El congreso de Stuttgart tuvo el valor de discutir la espinosa cuestion del lujo; protestó contra la rapidez de las modas, que no viven, como las rosas, mas que el espacio de una mañana, y lanzó las censuras mas severas contra la necia locura de la elegancia moderna. Para poner remedio á estos excesos, el congreso resolvió nombrar una comision compuesta de pintores, fabricantes, médicos y modistas para que crease nuevos modelos de traje que, una vez admitidos, no estuvieran sujetos á las infinitas variaciones de la moda. A haber dado un paso mas, hubiera pedido el establecimiento de censores.

Pero en fin, repetimos que si la mujer no pidiera mas que la reglamentacion de las modas, estaria muy en su derecho y aun quizás haria con ello un servicio que mejoraría en ciudades como Paris las costumbres públicas; pero cuando pide derechos políticos como en Inglaterra, cuando hay señoras como mistress Francis lord Bond, de los Estados Unidos, que pretendía representar á su pais en Londres, ocupando el puesto de sir Reverdy Johnson y como miss Susann que quería presentarse ante la convencion de Chicago para defender los derechos de la mujer al sufragio político; pensamos lisa y llanamente que la extravagancia sube de punto.

Que las mujeres ejerzan ciertas profesiones que hoy les están vedadas sin motivo, nada mas natural, sobre todo en

poblaciones como Paris, donde la miseria es grande y las necesidades muchas. Las norte-americanas, que participan hasta cierto punto del sentido práctico propio de su pais se dedican á una porcion de carreras que las europeas no conocen; y en las cuales hay muchas que sobresalen.

Pero es de advertir que allí han principiado por el principio, esto es, se han consagrado á estudiar lo mismo y del mismo modo que los hombres.

Allí tienen colegios fundados por mujeres, donde aprenden no solo las artes y las ciencias, sino hasta los ejercicios corporales: por ejemplo, hay algunos de ellos que tienen observatorio, gabinete de historia natural y sala de gimnástica.

Luego, á mayor abundamiento, hay escuelas mixtas donde los profesores y los alumnos pertenecen indiferentemente á uno ú otro sexo; y se citan institutrices notables para la enseñanza de la economía política, la física y la química.

Las lenguas muertas y vivas, tienen tambien afamadas maestras.

Por último, en los Estados Unidos hay mujeres que profesan la medicina, la abogacia y hasta que se dicen *ministras* del Santo Evangelio.

Todo esto es pues producto de una instruccion profesional de que carece la mujer en Europa, donde la educacion femenina tiene un campo mucho mas limitado, y por consiguiente, sus aspiraciones actuales no tienen razon de ser, porque carecen de base sólida. Ya hemos señalado en estas revistas las tentativas que se hacen en Francia para dar á las jóvenes una educacion profesional que las ponga al abrigo de la miseria y sus fatales consecuencias: que estos esfuerzos obtengan resultado y que la mujer pueda dedicarse á ciertas profesiones que la proporcionen un sustento que hoy encuentra tan difícilmente, y es á lo que racionalmente puede aspirar en nuestras sociedades europeas.

Dejando ya este asunto, vamos á dar cuenta á nuestros lectores del estado actual de una empresa en que se interesa el mundo científico, y sobre la cual dimos oportunamente los primeros datos: nos referimos á la expedicion francesa al polo Norte, proyectada por un ingeniero hidrógrafo, M. Gustavo Lambert.

M. Lambert necesita, como á su tiempo dijimos, medio millon de francos para armar un buque y hacerse á la mar. y para reunir esta suma abrió una suscripcion pública que fué patrocinada por el gobierno.

Toda la Francia ha recorrido el autor del proyecto, haciendo conferencias en las poblaciones á fin de allegar fondos; y sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos, del apoyo oficial y de la cooperacion de altos personajes, M. Lambert no ha podido reunir sino la mitad de la cantidad que necesita.

La empresa no puede ser mas laudable, y todo el mundo inteligente en Francia la desea; la honradez y capacidad de M. Gustavo Lambert son bien conocidas, y á pesar de todo esto, el dinero se recoge con una lentitud que prueba cuán poco se debe contar con las suscripciones públicas, sea cual fuere el motivo con que se solicitan.

Ultimamente M. Gustavo Lambert ha hecho una conferencia en el teatro de la Puerta de San Martin, y ha sido aplaudido con gran entusiasmo cuando expuso su proyecto.

«¿Cuando un pais, dijo, gasta tantos millones para guerras inútiles, no es deshonoroso que se rehusen algunos miles de francos á una grande idea?»

Luego el orador apeló á la prensa y exclamó con energía:

«Quisiera ponerme en camino el 1º de febrero de 1869: ayudadme á conseguirlo por medio de la prensa. Doscientos mil francos repartidos entre treinta y seis millones de habitantes, resultan á medio céntimo por cabeza: dadme cada uno ese medio céntimo, y os devolveré quizás un mundo.»

Aplausos estrepitosos; pero á todo esto no sabemos que se hayan aumentado las suscripciones.

Entre las noticias musicales de la semana hallamos un catálogo de las obras póstumas de Rossini, catálogo esperado con gran curiosidad por los admiradores del ilustre difunto. Parece ser que esta enumeracion está escrita de puño y letra del maestro, y forma unas treinta hojas de letra menuda: se divide en dos partes, y al frente de cada una de ellas se lee: *PECADOS DE LA VEJEZ DE G. ROSSINI*.

Hé aquí lo que comprende la primera:

1º *Miscelánea*, que contiene la célebre misa compuesta para el banquero Pilet-Will, y veinte y dos piezas de las cuales hay algunas que son considerables.

Una de ellas tiene el chistoso título siguiente: *CANON ANTI-SAVANT, DEDIÉ AUX TURCOS PAR LE SINGE DE PESARO*.

2º *Album italiano*, 12 piezas.

3º *Album francés*, palabras de E. Pacini, 12 piezas, igualmente.

4º *Album olla podrida*, 12 piezas tambien, entre las cuales figura el *Canto de los Titanes*, que se ejecutó á grande orquesta en 1681 en el Conservatorio de Paris, donde obtuvo extraordinario éxito.

En la segunda parte del catálogo hallamos divisiones análogas, á saber:

1º *Misceláneas*, 16 piezas.

2º *Les Quatre Mendiants* y *les Quatre Hors-d'œuvre*, divididos en ocho piezas con estos títulos: los Higos, las Almen dras, las Avellanas y las Pasas; — y los Rabanos, las Anchoas, los Pepinillos en vinagre y la Manteca.

3º *Album para los niños adolescentes*.

4º *Album para los niños despiertos*.

5º *Album para las chozas*.

6º *Album para los palacios*.

Cada uno de estos albums contiene 12 piezas, entre las

cuales hay algunas que llevan títulos de esta especie: ¡Ay! los *guisantes*, farsa escrita después de una indigestion de verdura (textual); — *Bolero tártaro*, pieza de una dificultad endiablada; — *Estudios* al uso de los pianistas dotados de un ancho metacarpo; — *Baturrillo romántico*; — *Estudio asmático*; — el *Aceite de ricino*, wals; — *Wals anti-danzante*, etc.

Hé ahí el catálogo que el periódico el *Memorial diplomático* ha dado á luz, y de cuya autenticidad no salimos garantés, aunque tampoco tengamos motivos para dudarla.

En los Italianos asistimos el martes último á una funcion solemne. Tamberlick, el célebre tenor de nombre conocido en todo el mundo, cantaba el *Otelo*. El teatro estaba resplandeciente; la sociedad hispano-americana, que como es sabido, tiene elegido el martes para asistir al teatro Italiano, estaba, como se dice en Paris, *au grand complet*.

Desgraciadamente, Tamberlick no es ya aquel tenor que oímos en el mismo teatro y en la misma ópera hace siete u ocho años, y aunque en el duo con Yago, del segundo acto, encontró los aplausos con que se paga siempre el *ut dièze* tradicional, esa nota prodigiosa, eterna sorpresa del público parisiense, que en la noche del martes le valió mas que aplausos, una ovacion; sin embargo, el silencio con que habia sido oido en el primer acto, y que se repitió en el tercero, fué una terrible advertencia para el famoso cantante. Tamberlick no es un tenor de Paris, como lo es Mario, y esto explica por qué no se tiene con él la misma indulgencia de que se hace gala con este último. No obstante, esperamos que saldrá mas airoso en otra ópera que sea en su conjunto mas adecuada al estado presente de sus facultades, y creemos que es justo aguardar á entonces para emitir un fallo definitivo.

La Krauss hizo grandes esfuerzos en la ejecucion de ese formidable papel de Desdemona, que exige á la vez una gran cantante y una gran actriz, esto es, que exige una artista consumada, y tuvo momentos felices, no menos que el segundo tenor Palermi, que ciertamente no está acostumbrado á los aplausos que, excepto á Tamberlick, se prodigaron toda la noche á los artistas que tomaron parte en la ejecucion de la ópera.

MARIANO URRABIETA.

Relacion entre las costumbres

Y LOS ESCRITOS DE LOPE DE VEGA.

(Conclusion.)

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida tambien por su intimo amigo en las palabras siguientes: «Llegó una vez un sacerdote pobre...» Llamó á la puerta, no habia en la casa quien respon-» diese, salió él mismo y vió que el que llamaba (sobre» pobre sacerdote y ciego) llevaba la indecencia de un» asqueroso sombrero. Miró si tenia que darle; no se» halló con cosa considerable, y llevado de su piedad,» quitóse el sombrero que tenia en la cabeza y púsosele» al pobre. Súpose necesariamente este suceso, porque» no pudo salir de casa con los amigos que le asistian» (testigos fieles de esta verdad), hasta que uno de ellos» hizo diligencia para que le llevasen otro.»

Con esta condicion tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de delicados afectos, no mancillada con los crímenes, Lope de Vega habia de escribir necesariamente versos de una suavidad extraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Mas vale salto de mata que ruego de buenos*, Lope describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á tí, señora,
Saldré cuando le corra las cortinas
Al rubio sol la aurora,
Siguiendo sus pisadas peregrinas;
Y en viendo las estrellas
Solo las miraré por verte en ellas.

Traeréte muchas veces
El conejuelo tímido y medroso;
Y viendo que me ofreces
Gracias debidas á mi amor forzoso,
Con pecho mas sencillo
Te traeré el amoroso cabritillo.

La tórtola en el nido
Y el escamoso pez en el anzuelo,
El madroño teñido
Con la escarcha que arroja el duro suelo;
Que cosas semejantes
Son en amor zafiros y diamantes,

Daré un golpe á tu puerta,
Y tú, que velarás por aguardarme,
Con una fe despierta
Llegarás muchas veces á abrazarme,
Y dirás como amas:
No des tan récio, que en el alma llamas.

El espíritu de Lope de Vega, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. Lope se trasladó con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales, depositados en aquel albergue. Véase la descripción que se lee en su comedia intitulada *el Vaquero de Moraña*:

Algun año sea tan bueno
En tierras propias y extrañas
Que seguemos con guadañas
Como en los prados el heno:

Vístase el prado librea
Con la yerba cada hora;
Vierta aquí su copia Flora
Y su abundancia Amaltea;

Rompa del aire los filos
Las cañas de los barbechos
Y toque el trigo los techos
En las trojes y en los silos.

No solo en siega, en vendimia
Os dé el cielo tal tesoro,
Que hagais los vasos de oro
Que agora teneis de alquimia.

Ya que el agosto repose
Pisen para vuestras cubas
Vuestras gentes tantas uvas
Que todo el mosto rebose.

Y de manera se huelguen
Con las uvas vuestras casas,
Que aunque muchas hagais pasas
Muchas por los techos cuelguen.

Por los pezones y cabos
Cubran con color pajizos
Los melones invernizos
De vuestra casa los clavos.

Sirvan colmos á montones
De membrillos ó granadas
En vuestros techos colgadas
De dorados artesones.

Sin rectitud y gobierno
De reales pesadumbres,
Vuestras ahumadas techumbres
Cojan de fruta de invierno.

Sirvan á vuestras familias
Costales de verdes nueces,
Para acabar tras los peces
Los viernes y las vigalias.

Higos tambien os reserve
Esta campaña vecina,
Que afeitados con harina
Enjague el pecho y conserve.

Matice estas huertas luego
La berengena morada,
La verde col arrugada
Como pergamino al fuego.

Echad por mayor deleite
En la postrer vez alguna
En adobe la aceitana
Y los quesos en aceite.

Que yo, siguiéndoos á vos,
Daré en mi rústico modo
Gracias al dueño de todo;
Que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, Lope de Vega, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático supo retratarlas admirablemente, incluyendo

á todos, desde Felipe II, castigador de su hijo don Carlos, y de Juan de Escobedo, hasta las busconas y rufianes que vivian de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, dada por Antonio Perez de orden de Felipe II, y para afeor la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *la Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esta tragedia se finge en el reinado de Don Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Jaberías.

Tambien Lope, en el reinado de Felipe III, compuso otra tragedia con el título de *el Castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe Don Carlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, segun las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia, al siguiente dia de su representacion, fué prohibida.

Lope de Vega, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los Estados, y al fin, desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *el Anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *el Rufian Castrucho*.

Pero aunque Lope de Vega se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de Lope, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se ve al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza, y en la delicada expresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de Lope de Vega, que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderon pinta las suyas, infelices é impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalban mas vehementes de lo que permite la modestia, Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

Lope de Vega en sus escritos revela pues las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

ADOLFO DE CASTRO.

Rio-Janeiro.

(Continuacion. — Véase el N° 833.)

La gran ciudad de Rio, hoy metrópoli de la América del Sur y que posee 400,000 almas no existia en la primera mitad del siglo XVI. Los indígenas llamaban *Ganabara* al sitio en que se levanta. Algunos franceses dirigidos por Durand de Villegagnon, viendo una situacion tan favorable se establecieron, y algun tiempo despues, los portugueses los arrojaron de allí y construyeron fortalezas en las islas de la bahía.

En 1763 Rio, que entonces se llamaba mas frecuentemente San-Sebastiao, fué erigida en capital del Brasil y en pocos años vino á ser una de las mejores plazas comerciales de los portugueses.

La historia de la ciudad contiene diferentes episodios dramáticos. La bandera francesa ondeó allí un momento, y poco faltó para que á la victoria de Duguay-Trouin no siguiera una verdadera conquista. ¿Quién se acuerda hoy de aquellos hechos de armas en las costas brasileñas? Los sucesos gloriosos se borran mas pronto de la memoria de los hombres que los accidentes nefastos.

Sin embargo, referiremos aquí en qué circunstancias los soldados franceses penetraron en la bahía de Rio.

Por los años de 1710 un oficial aventurero, el capitán Duclair, de la marina francesa, concibió la idea de dar un golpe de mano para apoderarse de la ciudad de Rio. Con efecto, la Francia estaba entonces en guerra con la Gran Bretaña y Portugal, y el proyecto de Duclair no era una accion de filibustero sino de patriota.

Llegó pues de improviso á la bahía de Rio, forzó la entrada y ordenó el desembarco.

Un instante pudo creer que venceria; pero el gobernador Francisco de Castro reunió sus tropas y derrotó á los franceses, que fueron degollados ó encarcelados: Duclair cayó herido mortalmente.

Este desastre tuvo un eco muy triste en Francia; se exageró la importancia y pareció abominable la conducta del enemigo, que en suma, habia obrado lealmente. Duguay-Trouin juró vengarse y salió al punto para el Brasil á la cabeza de cuatro mil hombres.

La flota aparece de repente en setiembre de 1711: bombardea los fuertes y esparce una alarma general.

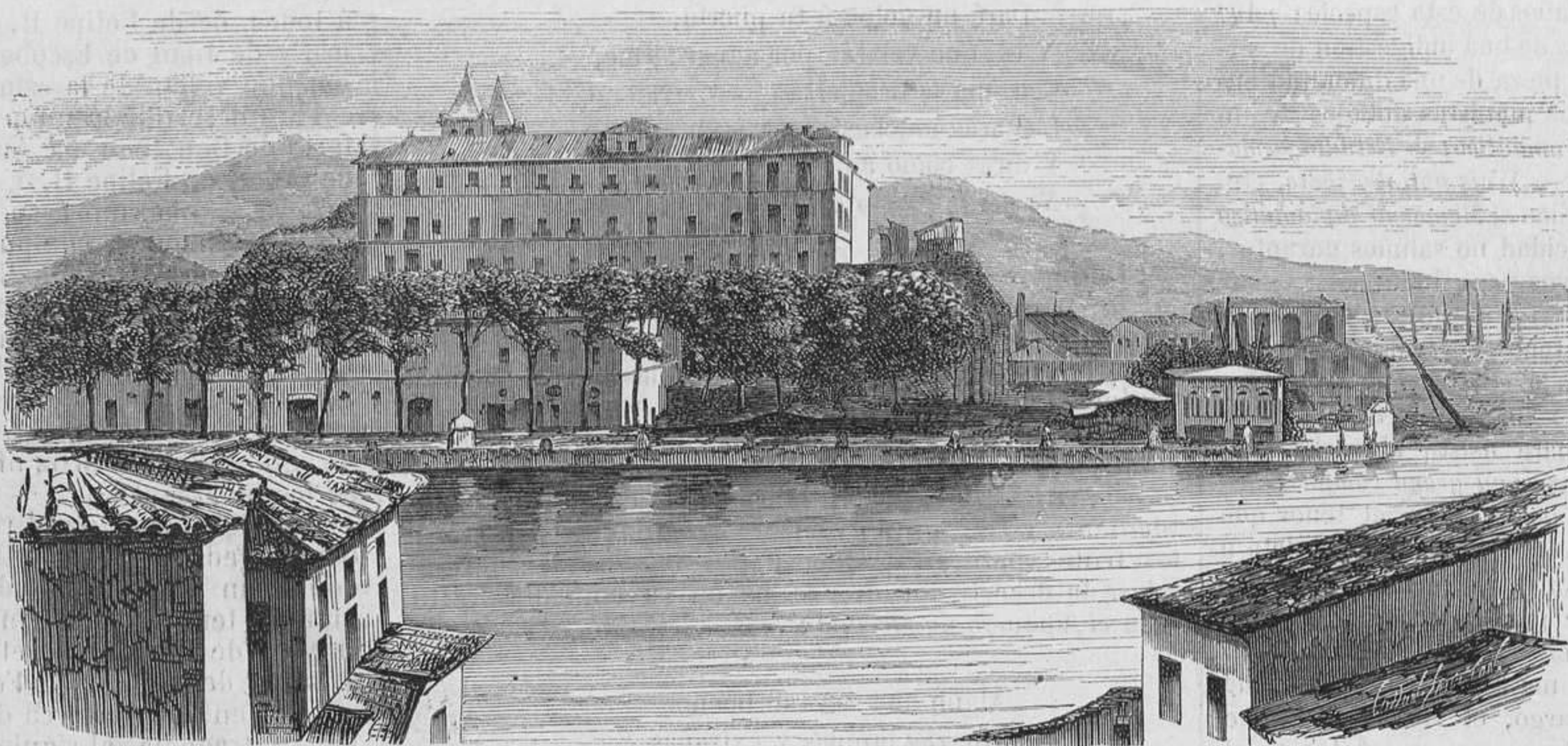
Duguay-Trouin exige al gobierno portugués una reparacion completa y observando que vacila, se irrita y ordena el asalto de la ciudad.

Aprovechando las tinieblas envia chalupas cargadas de tropas para que se apoderen de cinco buques portugueses; de repente sobreviene una tempestad; el cielo, súbi-

tamente iluminado por los relámpagos, permite al enemigo distinguir las chalupas. Entonces se empeña el combate. Viendo Duguay-Trouin que el fuego de las naves se dirige sobre las barcas, manda disparar un cañonazo que debía servir de señal, y ordena á todas las baterías que tiren á la vez contra la ciudad.

Los habitantes se fugan en desorden hacia el interior, la ciudad se queda desierta y la victoria es segura.

Después de haber obtenido una reparación suficiente, la flota francesa abandona aquellas aguas cargada de inmensos tesoros y ha-



RIO-JANEIRO. — El convento de Sao-Bento y el arsenal.

biendo vengado el honor de la bandera. Desgraciadamente la tormenta, mas terrible aun que la guerra, hizo perder á los franceses una gran parte del botin que habian hecho.

En cuanto á la ciudad de Rio salió bien fácilmente de aquella crisis. La Providencia ha prodigado sus dones á esa porcion del mundo; abundan allí las riquezas naturales, y las producciones mas diversas se multiplican sin cultura.

Imposible es no admirar el espléndido panorama de esta capital vista del Corcorado ó de los morros de Santa



La distribucion de leche en las casas.



Patio de una casa de campo.

Teresa. La vista se despliega en medio de una naturaleza en cuyo favor el cielo lo ha hecho todo.

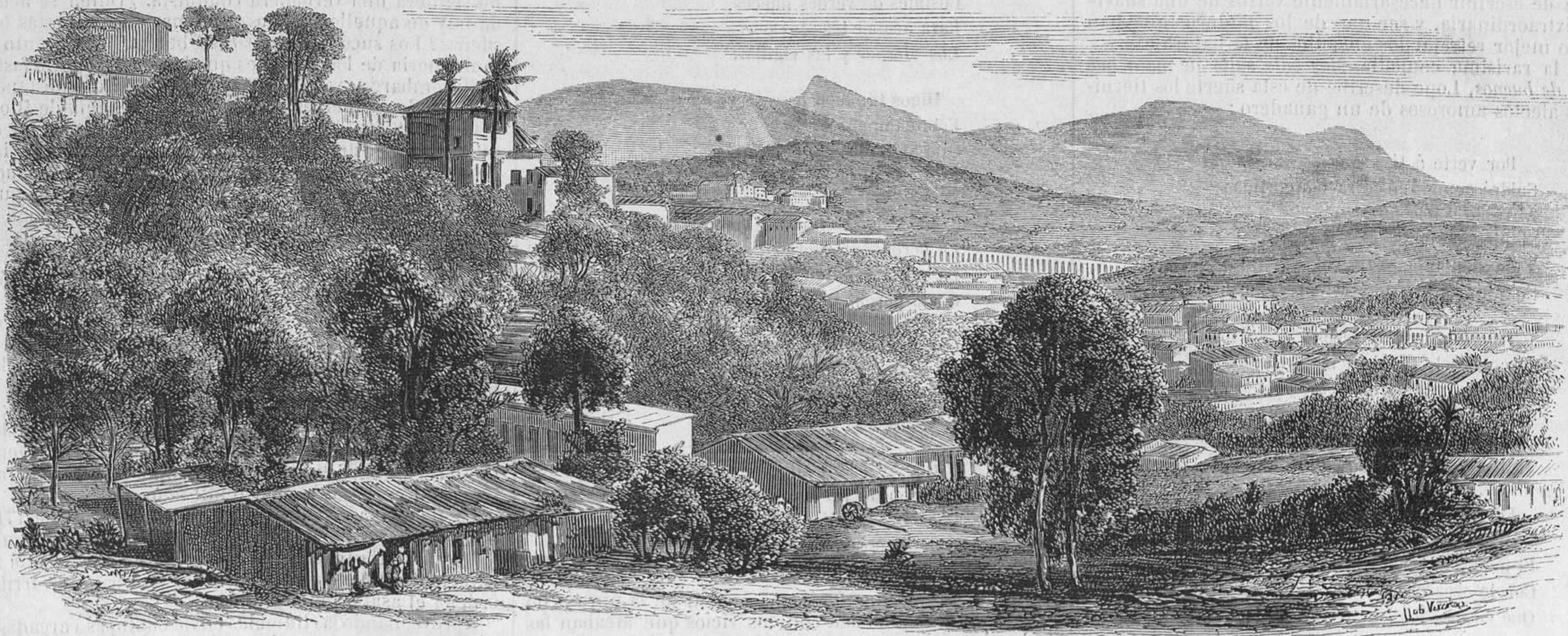
¡Cuán preferible es la obra de Dios á todas las creaciones humanas! El menor arbolillo, una choza á la sombra de una palmera, un simple patio de una casa campestre, me extasian cien veces mas que las mas bellas construcciones. Por ejemplo, considero con ojo frio el palacio imperial, edificio macizo y sin gracia, muy inferior á la residencia de San



El palacio imperial.

Cristóbal, que se halla fuera de la ciudad. Tampoco puedo extasiarme ante la arquitectura del convento de Sao-Bento y del arsenal; pero ¿qué le hace? El cuadro es magnifico, el conjunto es maravilloso. Así el monasterio de Sao-Bento, edificado sobre un cerro cerca del mar, se presenta perfectamente. Es uno de los puntos de vista mas notables que hay en Rio.

En resumen, Rio es una magnífica capital, digna de un gran imperio. R. C.



El Corcorado y Santa Teresa.

Los indios

DE LOS ESTADOS UNIDOS.

I.

Los indios de los Estados Unidos pueden dividirse en tres clases distintas, á saber: los que son ciudadanos, los que son súbditos de los Estados particulares, sin el derecho de ciudadanía, y finalmente, los que han permanecido independientes por lo que toca á su administracion interior y cuyos territorios no dependen sino del gobierno central.

Estos últimos forman lo que llaman los *Tribal-Indians*.

El número de los indios ciudadanos en todos los Estados y territorios, salvo el New-Hampshire, el New-Jersey, el Delaware, el Maryland, el Nevada y el Colorado, asciende á 37,329. Los indios de las tribus cuentan 307,842 almas. Por último, los indios súbditos de los Estados particulares apenas llegan á 3,400.

El número total de las personas de raza colorada en los Estados Unidos es pues de 350,000. Entre las tribus, las mas notables son las de los Ponkas, los Iowas, los Potowatomies, los Sacos, los Ulagamis, los Pawnees, los Sioux y los Iroqueses.

II.

La tribu de los *Ponkas* cuenta 1,100 almas y depende de la superintendencia del Dacotah. Los últimos informes de la agencia india dicen que los cultivos de esta tribu están florecientes, y que desde hace largo tiempo no ha cesado de mostrarse fiel á la Union. Los *Iowas* tienen una escuela á cuyo frente hay un maestro y una maestra. Muchos de ellos desean poseer una propiedad privada y están á punto de convertirse en ciudadanos americanos.

Cuando la guerra de separacion, suministraron cuarenta y tres soldados á los ejércitos del Norte. Los *Potowatomies* aprontaron setenta y dos. Como los Iowas, estos últimos tienen propiedades particulares y están bastante adelantados en civilizacion, para asumir las cargas y los derechos del ciudadano, segun dice el informe del agente indio.

El cuerpo de la nacion, compuesto de 1,874 individuos, está fijado en una reserva vecina de los Osages y del territorio indio. La tribu de los *Potowatomies* fué la última expulsada de sus acantonamientos situadas al Este del Misisipi, para trasladarse al Oeste de este rio en virtud de la medida general tomada por el gobierno americano despues del destierro de los *Cherokees*, los *Creeks*, los *Seminoles*, de que hablaremos mas adelante. Los *Sacos* ó *Sakis* y los *Utagamis* ó *Zorros*, *Foxes* de los ingleses, son dos tribus aliadas siempre y hoy confundidas, que tienen una historia gloriosa y que se remonta á los primeros



Né-sho-ra-re-ra-hi-kuts; (el jefe de los huesos) de los Pawnees republicanos.



Né-sho-da-si-di-ta-ri-ku; (el jefe que ellos miran) de los Pawnees republicanos



Guerrero de la tribu de los Pawnees Warrior.



Ja-ka-ko (el zorro gris) de los Sakis y Foxes.

establecimientos franceses en el río del Estrecho.

En 1701 los Sakis enviaron diputados al gran consejo celebrado en Montreal, y al que asistían 1,300 salvajes. Durante aquel consejo falleció el buen Kondiarone, quien después de haber recibido el bautismo, había consagrado su vida al restablecimiento de la paz, en expiación de la sangrienta traición de que años antes se había hecho culpable con los iroqueses.

En 1712 los Utagamis, á instigación de los ingleses, atacan la ciudad del Estrecho, y los franceses, unidos con los hurones y los ilineses, alcanzan sobre ellos grandes victorias en 1729. Los Utagamis vencidos, levantaron entonces á los Sakis, que también fueron derrotados en 1733. Esta guerra costó la vida á dos valientes oficiales franceses M. de Villiers y M. de Repentigny. Posteriormente, Ponthiak, de la misma tribu de los Sakis y uno de los hombres más notables de su raza, concibió la idea de reunir á todas las naciones indias contra los ingleses. Es la única vez que estas diversas tribus se hayan en cierto modo elevado á la idea de nacionalidad. Los Sakis y los Utagamis están hoy bien decaídos. Rebeldes á la civilización, pobres é imprevisores, han ido reduciéndose hasta el extremo de que no cuentan ya más que 900 almas. No ha sucedido lo mismo con los Pawnees, que apenas entraron en las vías de la civilización, hicieron grandes y rápidos progresos. Su compañía de 87 hombres fué muy útil á la Unión en 1864. Están reunidos con sus enemigos los Ogallallas en la superintendencia del Norte y forman una agencia. El gobierno les ha concedido en el Nebraska una reserva de 30 millas de largo sobre 15 de ancho en el valle de la Encrucijada del Lobo, á 105 millas al Oeste de Omaha. Son 2,800, cultivan la tierra y tienen un misionero católico pagado por el gobierno americano. Antes de su conversión rendían un culto particular al planeta Vénus y le sacrificaban cada año una víctima humana en la primavera. La última que le ofrecieron hace treinta años fué una joven sioussa, á quien vengaron con usura los jefes de su nación, una de las más poderosas de la raza.

Con efecto, los Sioux forman una confederación de tres naciones, los Janctones, los Janctoneses y los Titanes. Cada una de las dos primeras forma una tribu. La temible nación de los Titanes forma siete: los Quemados, los Piés Negros, los Uncapapas, los Minecujux, los Sin-arcos, los Ogallallas y los Calderas, y todas estas tribus, excepto la última, se dividen en bandas. El padre de Smet da los nombres de cuarenta de estas bandas, entre los cuales hay algunos muy expresivos, como son los siguientes: los corta-cabezas, los que comen cuervos, los malos rostros, los médicos del diablo, los que comen nalgas. Lo mismo que los Sioux, están diseminados en todo el desierto americano y hasta el día no han tenido superintendente de los Estados Unidos agregado á su confederación, sino que están clasificados con otras naciones en las dos superintendencias del Dacotah y del Norte. La primera contiene 15,489 y la segunda 7,865. En su lengua los Sioux se llaman Dacotas. En el siglo XVII el rapto de la mujer de un jefe de tribu, cometido por otro jefe poderoso, causó una guerra civil que dividió á los Dacotas en dos campos enemigos, á saber: el de Siowae, que estaba por el marido ofendido, y el de Achiniboina, que combatía en favor de su adversario. Con estos dos nombres hicieron los blancos los de Sioux y Asinibonios. Como estos últimos no cuentan más de 5,000 almas, los Sioux han conservado el nombre de Dacotas. Los Asinibonios en gran mayoría, habitan el territorio británico, donde se han unido á ellos los Dacotas, vencidos por los americanos en 1862.

Terminaremos este rápido exámen con los Iroqueses. Forman estos una confederación de seis naciones, que son: los Mohawks, los Oneidas, los Cayugas, los Senecas, los Onondagas y los Tuscaroras.

Los Mohawks habitan el Canadá, excepto los de San Regis, cuya aldea está cortada por el grado de latitud que marca el límite entre el Estado de Nueva York y el Canadá. Las poblaciones de Caughnawaga y de San Regis son católicas, y la de Brantford en el Río Grande es protestante. Las otras cinco son protestantes en su mayor parte. Todas las tribus acantonadas en el Estado de Nueva York se han quedado en él. Las fracciones de los Oneidas y los Senecas que habitan el Ohio han sido trasladadas al Oeste á las agencias de Green-bay y del Neosho. Hé aquí su censo aproximado: la aldea de Caughnawaga tiene 1,400 habitantes, así como la de San Regis. Brantford cuenta 1,200. Las cinco tribus de Nueva York tienen 3,989 almas, los Oneidas de Green-bay 1,064, y finalmente, los Senecas del Neosho 200: Total 9,253 cabezas. Pero como verosimilmente aun se hallan en el Canadá algunas bandas menos civilizadas, no creemos exagerar el número de los iroqueses, elevándolo á 11,000.

El gran jefe de estas seis naciones es el coronel Ely Parker, que fué jefe de plana mayor del general Grant durante la guerra. Antes de esta guerra era ingeniero civil, y su verdadero nombre es Donohogava, que significa en iroqués, Puerta abierta. Se casó con la hija de un general del ejército federal. El gran orador de la nación es el doctor Peter Wilson, excelente cirujano militar, cuyo verdadero nombre es Wa-o-wa-weh-nouk, esto es: Oyen su voz.

III.

Los indios tienen la piel cobriza, el rostro largo, los pómulos y la nariz salientes. Su boca, con gruesos labios, es muy grande. Su barba es escasa. Llevan muy

largo su cabello negro y lacio, y jamás encanecen. Altos y esbeltos tienen el andar elegante y cierto aire de gravedad teatral que proviene del carácter severo y un tanto enfático de sus ideas.

Su inteligencia está casi tan desarrollada como la del hombre blanco; pero carecen completamente de tendencias artísticas. No conocen más que dos ocupaciones dignas del hombre, la guerra y la caza.

«No lloreis, mujeres mías, por mí, que voy á la muerte, canta un guerrero Sioux á punto de salir para una expedición. Si un hombre se considera como un gran guerrero, yo me considero como él...»

Un día una partida de iroqueses, con las plumas de águilas pintadas de colorines en la cabeza, el cuchillo de hueso y el tomakawk en el cinto, el arco al hombro y la cara pintada, bajaba el Misisipi. Iban á hacer la guerra á uno de esos pueblos que habitan en las márgenes de este río, y se encontraron con una porción de Nodouessis que sabían la corriente.

Era cerca de una isleta que después, á causa de este suceso tomó el nombre de *Isla de los encuentros*.

Nunca estos dos pueblos se habían visto.

— ¿Quién sois? preguntaron los Iroqueses.

— Somos Nodouessis.

— ¿A dónde vais?

— A cazar bueyes. ¿Y vosotros?

— A cazar hombres, respondieron los Iroqueses con mucho orgullo.

— Pues bien, dijeron los otros, nosotros somos hombres, no paseis adelante.

Y á este desafío, las dos bandas desembarcaron en la isla y bajando la cabeza se acometieron. R. DE S.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

— Permitidme que os acompañe, dijo Leonor levantando hácia él sus miradas suplicantes.

— Yo he cumplido mi deber disuadiéndoos. Es todo lo que se puede exigir razonablemente de un hombre; pero hablándoos con franqueza, estoy encantado al ver tanto valor. Vamos, al galope, camarada.

En Neudorf, Fink dejó los caballos en el corral del bailío y condujo á la milicia de este pueblo al lindero del bosque. Se formó la línea de batalla, y empezó el registro del bosque. Al penetrar en él, los hombres formaban una larga cadena, pero las distancias que guardaban entre sí eran al parecer mayores de las que aconsejaba la prudencia.

También Fink marchaba con Leonor al extremo del ala derecha, siendo por este lado por donde debía verificarse la reunión con los milicianos de Kunau. El vecino de Fink estaba encargado de indicarle la dirección que debía seguir. Los cazadores avanzaban guardando un profundo silencio y examinando todos los árboles y zarzas.

Cuando entraron en el bosque se agitaron las copas de los árboles y percibía á través de las cimas de los pinos un cielo negro como el plomo. La pesadez de la atmósfera se hacía sentir por todas partes; los pájaros estaban inmóviles en las ramas y los insectos bajo los arándanos.

— El cielo acude también en auxilio de esos bribones, dijo Fink á su compañera mostrándole las nubes: se pone todo tan oscuro que antes de media hora no divisaremos nada á diez pasos de distancia.

El bosque iba siendo más espeso, y la luz del día disminuía por momentos. Leonor podía distinguir apenas la fila de ojeadores. El terreno era pantanoso y se hundía en el fango hasta el tobillo.

— Cuidado no pilleis algún fuerte constipado, dijo Fink con aire burlón.

— No tengais miedo, contestó Leonor valerosamente; pero la expedición no le parecía tan sencilla como una hora antes.

El guía de Fink se detuvo. Su ligera señal recorrió toda la línea y la larga hilera hizo alto para aguardar á las fuerzas de Kunau. El cielo era cada vez más sombrío, y las tinieblas cubrían más y más el bosque. El ruido del trueno que se oía á lo lejos, se asemejaba debajo de la gran bóveda formada por los pinos, al redoble del tambor. Se había pasado así cerca de un cuarto de hora, cuando resonó en la oscuridad un ligero grito: los hombres que practicaban la batida en los terrenos vecinos se acercaron.

La contraseña: ¡Atención á la pareja de la derecha y de la izquierda! voló por toda la línea. Luego toda la columna se replegó. Los jefes de los dos pueblos marchaban á la cabeza al lado uno de otro, seguidos por Fink y Leonor.

De repente se oyó el fuerte estallido de un trueno que resonó en todo el bosque y empezó á llover. Al principio no se oía más que el ruido del agua en las ramas y en las hojas de los árboles, pero en seguida al-

gunas gruesas gotas llegaron hasta el suelo. La lluvia azotaba siempre con mayor fuerza las coronas de los árboles y gotas siempre más gordas cayeron de las ramas; finalmente el cielo despedía el agua á torrentes. Cada tronco de árbol, cada espesura de follaje, cada rama se trasformó en una gotera. La lluvia lo cubrió todo como con un crespon negro. Cada cual se encontró como encerrado en un pequeño círculo formado por la oscuridad y por la copiosísima lluvia. Los hombres armados de Kunau y de Neudorf se llamaban en voz baja para no separarse de la línea que debían seguir.

Leonor mirando á Fink, tropezó con el pié en la saliente raíz de un árbol. Ahogó un grito de dolor y cayó sobre una rodilla. Fink corrió en su auxilio.

— No puedo ir más lejos, dijo procurando disimular su dolor. Dejádme aquí os lo suplico, y venid á buscarme al regreso.

— Abandonaros en este estado, dijo Fink, sería una barbaridad al lado de la cual la ferocidad de los antropófagos no sería más que un inocente pasatiempo. Permitidme, ante todo, que os saque de debajo de esta gotera y os conduzca á un paraje en que la lluvia no os moleste tanto. Por otra parte he perdido de vista á los hombres que iban delante de nosotros; yo no percibo ya las anchas espaldas de esos valientes muchachos.

Levantó á Leonor que intentó servirse del pié lastimado; pero habiéndole arrancado el dolor un nuevo quejido, vaciló, y se apoyó en el hombro de Fink. Este la abrigó con su *plaid*, la levantó del suelo y la llevó en brazos, como pudiera hacerlo con un niño, hácia algunos abetos cuyas espesas ramas formaban una especie de emparado. Encorvándose un poco, cualquiera persona podía abrigarse en él medianamente.

— Es necesario colocaros ahí debajo, querida señorita, dijo Fink; y dejó á Leonor suavemente sobre la tierra. Yo haré la centinela delante de vuestra verde cabaña y me volveré de espalda, para que podais atar vuestro pañuelo mojado en derredor de vuestro imponente tobillo.

Leonor se agazapó bajo la techumbre de abetos, y Fink se apoyó en el tronco de un árbol.

— Creo que no estais herida, dijo; ¿podeis mover la articulación del pié?

— Esto me causa algún dolor, dijo Leonor, pero puedo moverla.

— Está bien, dijo Fink; atad ahora vuestro pañuelo en derredor y espero que dentro de diez minutos podreis andar. Envolveos bien en el *plaid*, que os conservará el calor, ó de lo contrario, mi buen camarada sacará de toda esta caminata una buena calentura, lo que sería pagar muy cara la caza del buey robado. ¿Habeis terminado ya vuestra ligadura? repuso, ¿puedo volverme?

— Sí, dijo Leonor.

— Permitidme ahora que os envuelva en vuestro *plaid*.

Leonor protestó en vano contra esta galantería de su leal caballero. Fink ajustó el gran chal al rededor del cuerpo de la jóven y lo sujetó por detrás por medio de un nudo.

— Ahora, estais absolutamente igual al *hombrecillo gris* del bosque.

— Dejádme la cara un poco más descubierta, dijo Leonor.

— Bien, contestó Fink; estoy seguro que vais á encontraros mejor dentro de poco.

En efecto, Leonor sintió poco tiempo después un calor benéfico. Permaneció silenciosa bajo las ramas del abeto, preocupada por la singular posición en que se encontraba. Fink había recobrado su posición cerca del tronco del árbol, y le volvió la espalda como galante caballero. Al cabo de algunos momentos, Leonor le dijo desde debajo de la enramada:

— ¿Estais ahí todavía, mi camarada?

— ¿Me tomáis acaso por un traidor que abandona á sus compañeros de armas? preguntó Fink á su vez.

— Aquí, debajo de este árbol todo está seco, continuó Leonor, exceptuando algunas gotas de agua que me caen encima de las narices. Pero vos, pobre caballero, estais completamente mojado. ¿Qué lluvia tan terrible!

— ¿Esa lluvia os parece terrible? repuso Fink encogiéndose de hombros. ¡Esa es niño de feta al lado de la de otros países, y si por casualidad consigue desgajar alguna rama de árbol, creéis que ha hecho una maravilla! Habladme de la lluvia en los países en que el sol es más abrasador. Gotas como manzanas, no, aquello no son gotas, sino columnas gruesas como el brazo, el agua se desprende del cielo como una tromba. Allí uno no puede detenerse, porque la tierra desaparece bajo los piés. No se puede uno tampoco refugiar debajo de los árboles, porque la tempestad rompe los más robustos troncos como si fueran una paja. Correis hácia vuestra casa que tal vez no está tan distante como la raíz en que habeis tropezado, y la casa ha desaparecido, no encontrándose en el sitio que ocupaba más que un sumidero, un torrente ó un montón de piedras arrastradas de varios puntos por la corriente. La tierra también se conmueve, formando olas como la mar enfurecida. ¡Habladme de una lluvia como esa! Los trajes que moja no se secan jamás. Un paletó mojado, ocho días después es todavía una masa negra informe, que tiene el aspecto de una seta. Si no se quita uno en seguida el susodicho vestido, se adhiere al cuerpo, las mangas se encogen hasta el codo, y el talle se sube al cuello; pero no hay que pensar jamás en quitárselo como no sea con el auxilio de un cuchillo, haciéndolo tiras estrechas como cuando se monda una manzana.

A pesar de los dolores que sufría, Leonor no pudo menos de reirse.

— Me agradaría ver una lluvia como esa de que me habláis.

— Soy demasiado egoísta por desear veros en un trance igual, contestó Fink. Las mujeres lo pasan todavía peor con esas lluvias torrenciales, porque todo lo que se puede considerar que forma parte de su atavío, desaparece completamente. ¿Sabeis qué traje usa la Venus de Milo?

— No, contestó Leonor con inquietud.

— Pues á esa beldad se parecen en su vestidura todas las mujeres á quienes sorprenden las lluvias tropicales. En cuanto á los hombres quedan convertidos en verdaderos espantajos. Suponen que á consecuencia de esas lluvias, algunos se han quedado aplastados como una oblea, no viéndose de ellos mas que una cabeza que parecia haber pertenecido á un cuerpo humano y que gritaba á los transeúntes: « ¡Mirad, amigos, á lo que uno se expone cuando sale de casa sin paraguas! »

Leonor soltó la carcajada.

— El pié no me duele mucho, creo que podré andar.

— No hay necesidad todavía de que andeis, contestó Fink; la lluvia no disminuye y domina una oscuridad que apenas permite ver las manos poniéndolas delante de los ojos.

— Entonces, os suplico que tengais la bondad de ir en busca de nuestra gente. En este momento me siento bastante bien, y aquí estoy como una gacela al abrigo de la lluvia y de los enemigos.

— No puedo acceder á vuestra súplica, dijo Fink desde debajo de su árbol.

— Os lo ruego nuevamente, gritó Leonor angustiada y tendiendo su mano fuera del plaid. Ahora dejadme.

Fink se volvió, cogió la mano de Leonor, la llevó á sus labios y partió silencioso en la direccion que habian seguido los aldeanos.

Ya tenemos sola á Leonor bajo las ramas del abeto. La incesante lluvia azotaba las copas de los árboles y caía por las ramas. Retumbaba el trueno, y de cuando en cuando brillaba el relámpago en la oscuridad.

Leonor veía entonces largas hileras de árboles iluminados como las doradas columnas de un inmenso edificio, con su techo negro resplandeciente de luz. El bosque se presentaba á su vista como un castillo fantástico que sale de las entrañas de la tierra para desvanecerse en seguida.

Durante la lluvia se percibían sonidos misteriosos al igual de los que se oyen en los bosques en el transcurso de la noche. Por encima de su cabeza, se dejaban oír acompasados golpes en el abeto, como si un maligno espectro del bosque pegara contra el tronco del árbol bajo el cual se guarecía. Se estremeció, preguntándose en seguida si causaría aquel ruido la punta de un pico ó la rama de un árbol.

A lo lejos se oían los roncós y plañideros gritos de una cornéja, á la que habia despertado de su primer sueño el agua que entraba en su nido. A Leonor la llenaron de espanto las lúgubres risas ¡hou, hou! que oyó á su lado. ¿Eran de un malicioso duendecillo de los bosques, ó nada mas que el canto de un mochuelo?

La naturaleza hablaba por medio de infinitos y melancólicos sonidos. Leonor sintió el salvaje encanto de aquella soledad con cierto placer lleno de inquietud. Otros pensamientos cruzaron al mismo tiempo por su imaginación: reflexionaba con cuán poco juicio habia obrado al tomar parte en una expedición tan peligrosa, cómo debían buscarla en el castillo, y sobre todo se pregunta qué pensaría de ella el que, accediendo á su ruego, acababa de abandonarla.

Retiró el plaid de encima del oído para poder escuchar, y no oyó mas que el ruido de la lluvia y los plañideros suspiros de la selva. Pero de repente se oyó á su lado un ligero ruido, que luego fué mas perceptible. El agua corría por una pequeña canaleja y murmuraba cuando iba á estrellarse contra un gran matorral de zarzas silvestres, contra una raíz ó contra cualquier helecho.

Las hojas se agitaron á su espalda, álguien se acercaba saltando. Asustada, apretó la cabeza contra el tronco del árbol. De pronto sintió á su lado un ser que se acurrucaba junto al plaid en que estaba envuelta. Adelantó la mano, y reconoció al tocarla la suave piel de una liebre, que echada de su madriguera por el agua, iba á buscar, como ella, un abrigo debajo de los árboles. Retuvo la respiración para no asustar á su compañerita, y durante algun tiempo permanecieron las dos agazapadas una contra otra, y la liebre arrimada al plaid.

Hé ahí que á lo lejos, á través de la lluvia y los truenos, resonaron dos tiros de fusil sueltos. Al oírlos, Leonor se estremeció, y de un salto la liebre se lanzó al interior del bosque. Por aquellas inmediaciones los hombres luchaban entre sí, derramando sangre sobre el terreno mojado y lleno de barro. Se oyeron todavía gritos de cólera y de amenaza; luego quedó todo en el mas profundo silencio.

« ¿Había corrido él algun peligro? » Esta fué la pregunta que se hizo á sí misma, pero al hacerla no experimentó ninguna inquietud, y sacudió la cabeza en señal negativa. En cualquiera parte que se encontrara, no existían peligros para él. El arma dirigida contra su pecho se vería desviada por la caída de una rama de árbol; el cuchillo levantado contra él se rompería como una débil caña antes de herirle. El hombre que le acometiese debía tropezar y caer antes de humillar su altanera frente.

Estaba libre de todo riesgo y era inaccesible á todo

temor; no conocía la inquietud ni el dolor, ¡ah! ¡él no sentía como el resto de los hombres! levantaba libremente la cabeza, y su mirada era tranquila, mientras todos los demás, agobiados, bajaban los ojos al suelo.

Ninguna dificultad le desanimaba, ninguna obstáculo le detenía; con un ligero movimiento de su pié desviaba lo que hacia sucumbir á los demás. Tal era el hombre que la habia visto débil, aturdida y cortada.

Con su falta, le habia dado el derecho de tratarla con demasiada familiaridad, y temía que abusara permitiéndose una mirada de protección, una sonrisa presuntuosa ó una expresión indiscreta. Su corazón latía fuertemente y no podía apartar estos pensamientos de su imaginación.

La tempestad se disipó. Al fuerte chaparrón habia seguido una lluvia suave y continua; por la pequeña canaleja corría el agua con menos abundancia, y el silbido del mochuelo interrumpía el silencio con mas frecuencia. A las negras tinieblas, interrumpidas por continuos relámpagos, sucedieron en el cielo y en el bosque pálidos resplandores.

Del seno de la oscuridad se destacaban los remates de los árboles, como sombras que salen de una tenebrosa oscuridad. La idea de su aislamiento llenaba á Leonor de vagas inquietudes. De pronto el eco de voces humanas hirió su oído, y en medio de los gritos que se cruzaban de uno y otro lado, oyó al mayordomo que decía:

— Vamos, amigos de Neudorf, ellos han pasado por allá, por el pantano.

El ruido de los pasos se acercó y muy cerca del abeto se dibujó la figura de un hombre. Carlos llevó las manos á la boca y gritó fuertemente en el bosque:

— ¡Señorita Leonor!

— Aquí estoy, contestó una débil voz á sus piés.

Carlos atónito retrocedió y gritó lleno de gozo:

— Ya la hemos encontrado.

Los aldeanos rodearon el refugio de Leonor prorumpiendo en aclamaciones.

— Aquí está nuestra señorita, dijo un hombre de Neudorf dando un hurra de alegría.

Leonor se levantó: todavía se resentía del dolor del pié, pero apoyada en el brazo de Carlos salió de su asilo valerosamente.

— Si podemos llegar hasta el pantano, los árboles son allí menos espesos.

Entre tanto algunos jóvenes cortaron algunas gruesas ramas de los árboles y las cubrieron de follaje. A pesar de su insistencia en rehusar, Leonor se vió obligada á ceder á sus instancias y á sentarse en el improvisado palanquin, mientras uno de los de la comitiva corrió á la cuadra del bailio para conducir el poney.

— ¿Habeis cogido á esos tunantes? preguntó Leonor al mayordomo que iba á su lado.

— Á dos, contestó este. El buey estaba muerto; nos traemos la piel y una parte de la carne. Los gansos estaban colgados en unas ramas con el pescuezo retorcido. En cuanto al dinero, los bribones ya se lo habian repartido, habiéndoles encontrado muy poco encima á esos dos que hemos cogido.

(Se continuará.)

Fraguas imperiales de la Chaussade

EN GUERIGNY.

(Conclusion. — Véase el número 833.)

En 1844 el gobierno quiso concentrar lo mas posible los trabajos en torno del centro que era Guerigny, y para entrar en las ideas de la época, propúsose confiar á la industria privada la fabricación de las primeras materias que producían las fraguas; además, á fin de simplificar el sistema administrativo quitando á la administración cuidados extraños á sus numerosas ocupaciones técnicas, hizo que la marina entregara al patrimonio una parte de los establecimientos distantes del centro, así como todas las posesiones, campos, prados y bosques, cuyo valor total se calculaba en 3.226,000 francos.

Estas diversas propiedades fueron vendidas, excepto los bosques, que pasaron á la administración de montes.

Por otra parte, la marina gastó de 1853 á 1865, y solo en Villemanant, mas de 3.200.000 francos en nuevas construcciones que recibieron todos los aparatos mecánicos que exigían los perfeccionamientos de la industria moderna y los progresos del arte naval.

Las fraguas imperiales de la Chaussade tienen hoy á su frente á un director de las construcciones navales, secundado por un subdirector, y varios ingenieros y oficiales de administración. La mayor parte de estos empleados ocupan las antiguas habitaciones de M. de la Chaussade, designadas actualmente con el nombre de *Dirección de las fraguas*. Empléanse aquí 1,200 operarios de diferentes profesiones, y los establecimientos rivalizan por su instalación con las primeras fábricas del comercio. Su producción anual, por término medio, que se manda á los puertos de guerra por ferro-carril, es de 4.000,000 de kilogramos, y en caso necesario podría elevarse hasta 6.000,000, en cables y anclas con

sus accesorios, placas de hierro batido, hierros perfilados para barrotos de rejas, clavos de toda clase, y una porción de objetos menudos de ferretería. Finalmente, desde hace algun tiempo se ha añadido á estas numerosas y variadas fabricaciones la de una parte de las placas de coraza para la nueva flota, de los tornillos de madera para fijarlas, etc.

La fuerza motriz de que disponen los talleres y que cada día se aumenta, es de 1,200 caballos de vapor, aplicados á 18 máquinas, y de 15 pilones de vapor de 12,000 á 100 kilós. A esto hay que añadir 300 caballos hidráulicos que suministran los dos brazos del Nièvre y el Nohain, en Cosne, y que ponen en movimiento 29 ruedas para aparatos de fuelles, martillos y laminadores.

Las principales materias consumidas son los hierros martillados, los hierros laminados ó estirados para cadenas, clavos y remaches; el carbon de leña y el carbon de piedra.

Los hierros martillados se fabrican en el mismo establecimiento en fogones de afinación calentados con carbon de leña.

En cuanto á las demás, se compran por contrata, á competencia limitada, después de ciertas pruebas y bajo la condición de que ha de presentarse un certificado de capacidad: los hierros de cables se sacan actualmente de los departamentos del Este (Alto Marne y limitrofes), y los de clavos y remaches llegan de todas partes, hasta de Bélgica; las fundiciones provienen en parte de los altos hornos del Nièvre y del Cher, y en parte de los de Bretaña, donde se tratan los minerales de España; los carbones de leña empleados para la afinación de las fundiciones (4.500,000 kilós por año), se encuentran fácilmente en las 210,090 hectáreas de bosque del Nièvre; finalmente, los carbones de piedra (unas 20,000 toneladas) que se necesitan para calentar directamente las calderas, los hornos y las fraguas, se sacan de las minas del Loira y de Decize.

Todas estas materias que llegan á las fraguas imperiales de la Chaussade, ya por el Loira, ya por el ferro-carril, ya por las carreteras, se reparten en tres grupos de talleres ó secciones, dos de ellos en el pueblo de Guerigny: Villemanant y Guerigny, y uno en Cosne.

Villemanant, al Este de Guerigny, continúa formando, como en el siglo XVI, el grupo mas considerable: encierra una fábrica de placas de hierro batido, una máquina para aglomerar el polvo de carbon, dos talleres para batir el hierro caliente, un taller principal de fragua mediana con tres anejos, una fábrica de clavos, un pabellon de calderas de vapor y dos talleres de ajustamiento, uno de ellos en construcción para el trabajo de las placas de blindaje.

Estos talleres, provistos de herramientas muy variadas, se completan con almacenes, depósitos de carbon y vías férreas que ponen en comunicación los talleres entre sí y con los almacenes.

Cuatro grandes construcciones que tocan á la fábrica pueden recibir sesenta familias de obreros. Cada habitación, compuesta de dos piezas y una bodega, y que tiene además un jardinillo, se alquila en la módica cantidad de 65 francos, principalmente á los operarios que por turno tienen que trabajar de día y de noche.

A estas habitaciones hay agregado un establecimiento de baños gratuito.

Antes de pasar al grupo de Guerigny, señalaremos: 1º dos talleres para batir el hierro caliente, á corta distancia de Villemanant, en los dos brazos del Nièvre; 2º la carpintería, el depósito de maderas, y el servicio de los trabajos hidráulicos, que están en la dirección de las fraguas.

La sección ó grupo de Guerigny se compone de un gran taller de fabricación de cables-cadenas que comprende los talleres especiales, y una prensa hidráulica de una fuerza de tracción de 300,000 kilós; de un laminador para estirar los cabos de las barras, de un taller de afinación y de una fundición pequeña. En Demeurs, que se encuentra á tres kilómetros mas abajo, y depende de este grupo, hay un hermoso taller de afinación construido recientemente, y que por lo tanto tiene los órganos mas perfeccionados y tres talleres de fragua.

Los operarios enfermos ó heridos de estas dos secciones reciben á domicilio los cuidados médicos de los facultativos de la marina enviados para hacer el servicio de las fraguas; y próximamente tendrán un hospital para los que prefieran el hospital á su domicilio.

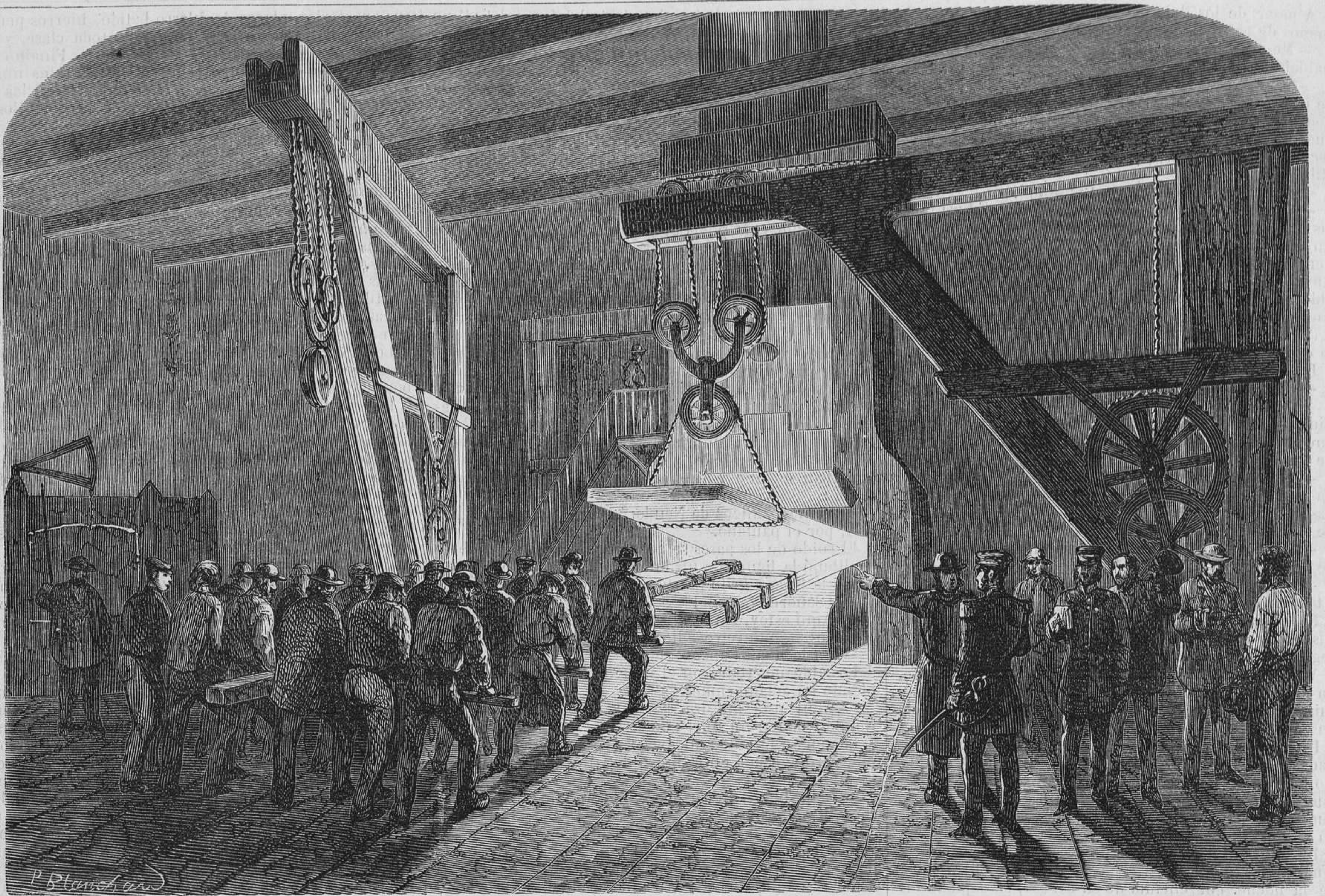
Un institutor comunal pagado por las fraguas da la enseñanza primaria á los hijos de los obreros aprendices en los talleres, y las niñas se instruyen con las hermanas de la caridad y la institutriz comunal que viven en los edificios de la marina.

En cuanto á la sección de Cosne, situada en el Loira á 53 kilómetros de Guerigny, comprende dos talleres grandes de fragua y tres de fabricación de clavos de mediana y pequeña fragua. Aquí se fabrican desde hace dos siglos casi todas las anclas de la marina militar francesa.

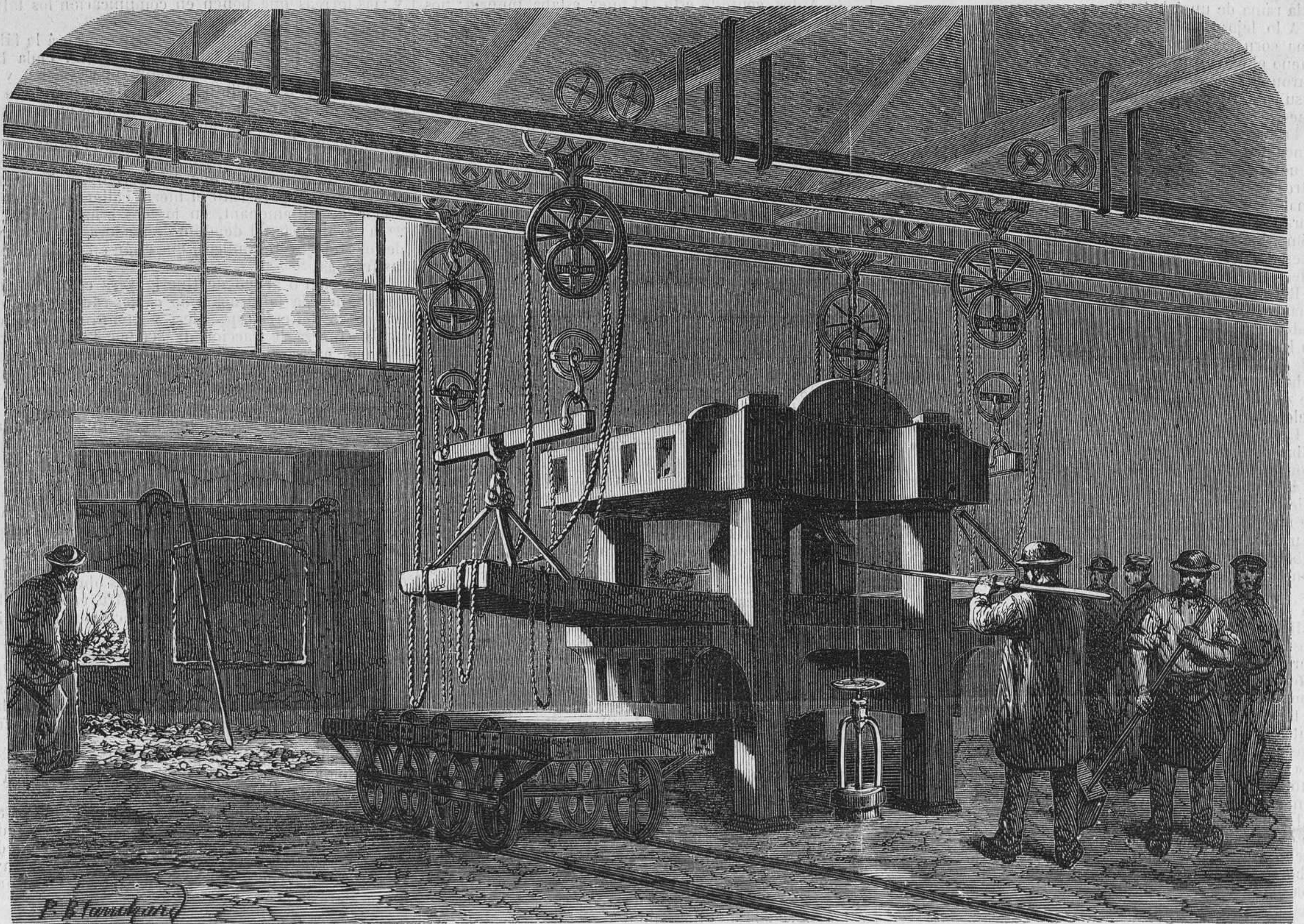
Un médico civil de la ciudad de Cosne recibe una paga con la obligación de cuidar gratuitamente á los obreros de esta sección, enfermos ó heridos.

En resumen, las fraguas imperiales de la Chaussade, por su posición en el centro de la Francia, se encuentran al amparo de los ataques del enemigo, y pueden, en todas las circunstancias de paz ó de guerra, enviar sus productos, por las vías férreas, á los cinco puertos militares á la vez.

C. C.



Los grandes establecimientos de la marina imperial. — Fraguas de la Chaussade. — Forjatura de una placa de blindaje.



Fraguas de la Chaussade. — Obreros atortorando una placa de blindaje.

Las once encarnaciones del sombrero, por Cham.



En el estado natural.



A hombros del mercader de pieles de conejo.



CASTOR, CHAPELIER.

En la fábrica y en la muestra.



De la cabeza del amo...



A la del groom.



De la cabeza de la remendada...



A la del obrero endomingado.



Del proletario comunista...



Al maniqui conservador.



En el sepulcro de todas las vanidades humanas.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— ¿Cómo es que habita Vd. en estos desiertos? le dijo el caballero.

— Porque vivo en la hacienda con mi padre, respondió Clotilde, que era la misma que en la posada había sido nombrada por Rosa.

— Ahora concibo que puede haber un hombre dichoso, viviendo...

Don Blas, entrando presto de la calle, interrumpió este diálogo, que habría sido tal vez curioso; y mientras que la señorita siguió al interior á preguntarle por su mamá Patrocinio y por Manuela, don Blas se dirigió al forastero en estos términos:

— ¿Y la venida de usted?...

— Emigrado, señor.

— ¿Santa María! ¿Otra revolucion?

— De los paramitos de San Juan, señor.

— Tiene razon. ¡Son infernales! ¿Y qué deja Vd. de bueno por Bogotá?

— Pues no hay cosa particular sobre la crónica comun. Ahora, sobre los negocios públicos Vd. habrá leído *el Tiempo*.

— ¿*El Tiempo*?... No, señor. Aquí no llega sino la *Gaceta* y se va al archivo, muchas veces sin desplegarla; dicen que á don Eloy le viene *el Porvenir*.

— ¿Es cosa muy rara!

— No, señor, así andamos en muchas parroquias... Lo raro es ver á una persona como Vd. por aquí.

— Pues otros años he ido á Fusagasugá, que es magnífico por su temperatura, por sus aguas, por su gente, por sus bellas sabanas y sus célebres quintas.

— Pues eso sí no tenemos por aquí.

— Cierto, porque las tierras, como este distrito, húmedas, saturadas de sales, nitro, caparrosa y piedra azul de pizarra, y que se ablandan y se deslizan en derrumbes llevándose las estancias y los montes, son buenas para producir mucha caña y mucho plátano; pero no mucha vida, según mis observaciones de tres días á esta parte.

— ¿Vendrá Vd. á comprar trapiche?

— No, señor, no quiero comprar mi sepulcro, para adornarlo en vida, como lo ha hecho un compatriota nuestro: este cuidado se lo dejo á mis deudos.

— Pues ahí verá que el trapiche, *cuando no chorrea gotea*, dijo don Blas, con toda la seguridad de un profesor entusiasta.

La señorita Clotilde, que había entrado á la alcoba á ponerse en traje de iglesia, salió radiante de belleza y majestad, como la actriz que asoma por segunda vez á las tablas.

Don Demóstenes levantó los brazos como para aplaudir, pero se quedó petrificado en presencia de tanta hermosura. La señorita siguió maquinalmente. Ella tomó su puesto en la iglesia, y al frente quedó el viajero, cada vez mas apretado por la concurrencia gradual de los parroquianos.

La molestia del viajero, á no ser por el hechizo que allí lo mantenía, deberíamos suponerla terrible por el calor, los vapores y los apretones; pero cuando él vino á conocer la grandeza de su sacrificio tributado á los ojos de la divina Clotilde, fué cuando sentándose el cura en una silla parecida (si no era hermana) á la de la posada, se santiguó, y se santiguaron con él todos los vecinos para oír la santa palabra.

Reflexionemos por unos momentos en la posición de don Demóstenes.

El sabia los dimes y diretes que reinan entre los curas y los filósofos.

Sabia lo que la prensa radical decia sobre papas, frailes y socialismo en esos días.

Sabia que el cura estaba en su tribuna, como él mismo había estado en la de la escuela republicana de Bogotá.

Esto, pues, lo tenía con cuidado, fuera del bochorno producido por la concurrencia; pero no había medio de escapar sin un escándalo; y por otra parte, lo que Clotilde hubiera dicho... Se limpió el sudor con su fino pañuelo de seda, y se resignó. Puso atención y escuchó estas claras y distintas palabras:

« Amor, paz y caridad son el fondo de la doctrina que un artesano pobre comenzó á predicar en la Judea, y que hoy cuenta ya millones de sectarios. »

Aquí respiró don Demóstenes, y levantó la cabeza.

— Doctrina que halaga al pobre, continuó el cura, porque pobres son los Apóstoles, pobres los discípulos y pobres las mujeres piadosas que seguían en pos de la predicación...

Mientras que esto decia el cura, todos los parroquianos dirigían los ojos al forastero, quien por su gran frac blanco, por su buena corbata de seda y por la hermosa cadena de su reloj, aparecía como el mas acomodado de todos, y tuvo la precaucion de agacharse un poco.

— Sí, mis oyentes, decia el cura, el mismo Jesucristo lo dijo por su boca: *Es mas fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino del cielo...* Pero la caridad nos manda que no les hagamos mal, porque son nuestros hermanos.

Aquí sintió don Demóstenes sumo agrado, y suma

predilección por el párroco, y se enderezó aliñándose su *chivera*; pero las palabras que siguieron volvieron á hacerlo agachar, porque el cura estaba diciendo:

— Y la caridad vale mas que la divisa *libertad, igualdad, fraternidad*; pues con aquel pendon se han acometido mayores empresas en favor de la sociedad universal.

Esto tampoco le gustó á don Demóstenes; pero lo que siguió le pareció muy bien.

Concluida que fué toda la función parroquial, fueron saliendo todos los vecinos. Hubo nuevos abrazos, nuevas muestras de cariño entre los grupos que formaban en el altozano y la plaza aquellos desvalidos feligreses.

La señorita Clotilde se fué á cumplir con una visita, y don Demóstenes se acercó al cabildo, donde un octogenario en el traje de los parroquianos, aunque mas traído que todos, tocaba la llamada de granaderos en una caja que fué de los guardias nacionales de Colombia, según las inscripciones y los timbres. Y unas pocas mujeres y algunos de los muchachos acudieron al llamamiento, y acercándose el alcalde con el baston en una mano y unos papeles en la otra, le dijo á don Demóstenes:

— *Léiganos* su merced los papeles del gobierno, señor caballero, por vida suya.

Don Demóstenes comenzó á romper las cubiertas de las gacetas y ordenanzas, y el alcalde le dijo:

— Eso que viene en letra de molde se va así doblado á la caja; lo que hay que publicar es este papel.

Obedeciendo al dictamen del alcalde, el forastero leyó lo que sigue:

ACUERDO.

El Cabildo del distrito de... acuerda:

Artículo 1º Se matarán todos los marranos que anden por la calle, con excepcion de los que tengan horqueta.

Parágrafo único. Por el derecho de horqueta se pagará medio real por semana.

Art. 2º Por todo burro que ande suelto por la calle se pagará un real por mes.

Art. 3º Cuando un perro resulte loco será alanceado, y el dueño pagará cuatro pesos de multa, y sufrirá tres días de prision.

Dado en el Cabildo de este distrito, á 18 de mayo de 1856.

El presidente, José Londoño. — Ejecútese. — El alcalde, Gregorio Alguacil.

A este tiempo pasaba ya la señorita Clotilde para su posada, y don Demóstenes, entregando con precipitación los papeles al señor alcalde, se fué tambien.

Doña Patrocinio hizo servir unas frutas á sus huéspedes, en cuyo acto tuvo ocasion don Demóstenes de manifestar su civilidad, y hasta su singular aprecio por la señorita.

Esa noche dió por la calle un paseo el forastero, y se acostó en su hamaca, con muy buenas intenciones de dormir; pero el baile de la casa vecina le echó á perder sus profundos cálculos. La música se componía de algunos tiple que hacían el alto, y de dos *guacharacas* y dos alfancoques que desempeñaban por trompas y estrombones, agregándose por contralto un triángulo de hierro, de un sonido mas que penetrante. Las *guacharacas* son unas cañas de *chontadura* rajadas, que se frotan con una astilla de palo, y los alfancoques son dos tubos de guadua, en que se baten unas pepas de *chisgua* de forma de municion.

Eran pocos el sueño y la cabeza de don Demóstenes para recibir tan selecta armonía, en la cual no habíamos incluido un tambor que no cesaba ni por un instante. Se levantó, dió un paseo, y luego se acercó á la puerta del baile.

— Veamos, dijo, si hay algo adentro por lo cual unos oídos configurados como los míos, puedan aguantar el suplicio.

Estaba la sala alumbrada por un candil, que daba luz, además de la sala, á una especie de tienda, si es que merecía este nombre. Su poca luz se perdía entre el humo espeso de los cigarros.

El baile tampoco gustó al caballero: era el torbellino, en que el galán da las vueltas en pos de la esquiva pareja, repitiéndose una parte, con la ejecución de cada cuatro de estas vueltas.

Tampoco merecía la pena el baile, dijo entre sí don Demóstenes. ¡Ir á una vara de distancia de una bella, hoy que la palabra *distancia* es un borron del diccionario! ¡Hoy que Roma se ha puesto á las puertas de París con el telégrafo!... Esto es muy retrógado... Esto es contra la institución del baile, que no se hizo para huir sino para avanzar; esto es muy colonial sobre todo.

Entre tanto los aplausos y la alegría resonaban en el baile; las parejas entraban, salían, se ponían de pié, mudaban de asiento; y los bailadores invadían y atropellaban, sin que hubiese desafíos á la pistola ni á los puñetazos. Entre las parejas oía don Demóstenes nombrar con frecuencia á una Manuela, á la que no pudo conocer, sin embargo, por la poca luz y por la distancia.

— ¿Y Vd., no entra á bailar, amigo? le preguntó don Demóstenes á un parroquiano que estaba recostado en un palo del corredor, embozado hasta los ojos con su ruana.

— ¡No, señor! le contestó con aire triste. Yo estoy privado de baile; ¡y quién sabe por cuánto tiempo!

— ¿Cómo, amigo?... ¿Es Vd. un proscrito?

— No es sino que ando huyendo de las persecuciones

de don Tadeo. ¡Y si Vd. viene á permanecer aquí, descuídese!

Esta palabra, exactamente igual á la que le había dicho Rosa, lo animó á interrogar al incógnito, y ya le había hecho una pregunta, cuando un rumor de adentro cortó la conversacion.

— ¿Por qué lo dejan? gritaba á los músicos un bailarín, que cabalmente era José Fitatá, el criado de don Demóstenes.

— Porque la niña Manuela no es la única que sabe bailar aquí.

— ¿Y si ella quiere y yo tambien quiero?

— Se *friega el foragido*, porque el que manda, manda.

— En mi no manda aquí ninguno.

— ¡Que lo apresen! gritó una voz del lado de la semitienda.

Es necesario saber quién era José Fitatá. Se había criado de concertado en las haciendas de la Sabana, en el arma de vaquero; es decir, era toreador, jinete, enlazador, y fué soldado de las guerrillas de Artila en la revolucion de abril; no le faltaba nada para ser un jaque, aun cuando era moderado y complaciente, como todos los sabaneros en tiempo de paz.

Había tambien un personaje detrás de los músicos, del cual es preciso dar una noticia aunque ligera. Era un hombre de ruana de listas verdes con el forro colorado, y de sombrero muy grande; el cuello de la camisa, muy grande tambien y muy almidonado, no le dejaba toda la movilidad requerida para sus observaciones; tenía que torcer sus miradas como muñeco de resorte, las que eran fielmente observadas, y hasta obedidas por el sumiso círculo que siempre lo rodeaba. Era aquel embozado la polilla de la parroquia.

Pero veamos en qué quedaron esas bravatas que habían sonado como una tempestad en la pacífica sala del bailes.

José, viéndose acometido de repente, echó mano al alfandque de la música, y de pié en un rincón, con la dignidad del tigre que espera á su agresor, contenía á sus enemigos con sus miradas.

Una voz del lado del rincón murmuró estas palabras solapadas:

— ¿No habrá por aquí un comisario?

Entonces un hombre de malísima traza se presentó á la palestra, señalando un baston con cabeza de plata, y animados con su presencia los adalides, avanzaron unos pasos; pero José por desembarazarse del estorbo del primero que se le acercó, le tocó con el alfandque de tal manera, que lo hizo caer sentado en el suelo.

— ¡La carabina, la carabina! gritó un valiente desde muy lejos del puesto.

Se habían desenvainado dos machetes, los agresores ganaban un pié mas de tierra, lo que hubiera vencido la repugnancia de intervenir que tenía don Demóstenes, si una sombra de ágiles movimientos y airoso andar, atravesando con presteza el salón por entre el polvo y el humo, no se hubiese puesto delante del personaje del cuello monstruo, y le hubiese hablado á media voz, acariciándole una mano con las dos suyas, y derramando sobre él una mirada rápida.

Apenas esto sucedió, cuando sonó la voz de *alto el fuego*, y una ley de olvido lo cubrió todo en el acto. Sin embargo, un misterio quedó trasluciendo en el público, como sucede siempre despues de todos los tratados diplomáticos, y de esos indultos que ordenan el absoluto olvido, á los que tienen tanto de qué acordarse, por sus bolsillos ó por sus personas.

La música y los vivas ahogaban los comentarios; el baile triunfaba con toda su fuerza, como las fiestas con que los cónsules romanos apartaban de la atención del pueblo las cuestiones graves.

— ¡Viva la alegría! gritó uno de los concurrentes.

— ¡Viva el pueblo, viva la diversion!

— ¡Viva la pacificadora Manuela!

— ¡Viva la niña Cecilia, respondió una voz recalciante y proterva, que es la que vale mas aquí!

— Coja Vd. esos puntos, mi caballero, le dijo á don Demóstenes el incógnito, que observaba todo sin moverse, embozado en el gran canto de su ruana, y no se descuía.

Era ya muy tarde, y don Demóstenes se volvió á su hamaca, en donde se quedó al fin dormido, como á eso de las tres de la mañana; pero una singular ocurrencia lo vino á despojar de su dicha.

La hamaca había sufrido un terrible sacudimiento, y al despertar el caballero, entre la incertidumbre y el temor, se quedó con el oído fijo y le pareció que oía sonar el traje de una mujer; pero notando que la aparición, ó lo que fuese, se iba alejando, se fué calmando su corazón, cuyas palpitaciones fueron al principio terribles con tan inesperado susto.

Ya iba á llamar á José, cuando sintió que las caseras conversaban á media voz en su alcoba, y pudo oír sus palabras.

— ¿Por qué vienes tan tarde? decia una voz algo severa, aunque á la vez compasiva.

— ¡Porque estuvo el baile tan bonito!

— ¡Si irías á abrir la puerta del lado de la calle, y á despertar al caballero!...

— ¡Como entramos por el portillo... sino que por lo oscuro y porque ya no me acordaba, me estrellé contra la hamaca, y le metí un susto! ¡Ave María, que tengo una vergüenza... porque por poco me caigo!

— Pues es necesario venir temprano otro día, porque los tiempos están delicados; y tanto va el cántaro al agua, que por fin, por fin...

— Pero *sumercé* verá que el que bien anda bien desanda.

La consecuencia natural de haber desplegado aquella insignia fué que á la noche siguiente el partido contrario adoptara el distintivo de una camelia encarnada en el ramillete sostenido por una cinta verde.

A la cabeza del partido amarillo figuraba Leonor y á la del verde Eugenia, la señorita de la casa. A decir verdad el partido verde era insoportable. Lleno de pretensiones, presumido y burlon, se daba la importancia de contar con personas de mas edad y por consiguiente de mas experiencia que el partido amarillo.

La razon de sus pretensiones, era que Hulda Werner y Metchilde Fiorelli habian pasado el invierno anterior en la residencia del monarca y habian bailado en los salones del palacio real, y que Fanny Mareschalke, en un *tableau vivant*, habia representado á Genoveva con su hermanito y una gacela atados con unas cintas á un banco de madera.

En el partido amarillo figuraban Theone Lara y la encantadora Hildegarda Salt, dos amigas íntimas, á las que siempre se veía juntas y que se presentaban en el baile con trajes iguales y que al principio del invierno habian jurado no separarse una de otra.

Al prestar este juramento habia pasado desapercibida para ellas la circunstancia bastante notable de que sus padres durante el verano habitaban en dos puntos muy distantes, en los extremos de la provincia.

Las dos de imaginacion algo exaltada, tenian los mismos gustos y pensamientos; cantaban y tocaban el piano, eran partidarias de los mismos poetas, y abrigaban tanto una como otra una horrible aversion á la mosca llamada imperial.

Ligadas por la simpatía, sentian una indecible satisfaccion en comunicarse en voz baja al oído las impresiones que les causaba un jóven ó el preludio de un vals.

Estas dos jóvenes se unieron de todo corazón á Leonor Rothsattel y formaron con Valesca Panin y Hortensia Leloup el núcleo del partido amarillo.

La imponente estatura de Leonor hacia que sobresaliera del círculo de sus partidarios, como la figura marcial de un jefe entre sus soldados. Al fin de cada danza el partido amarillo se reunia formando grupo, y cuando en un rigodon bailaban enfrente unas de otras se saludaban levantando un poco el ramillete.

Naturalmente Antonio era amarillo, amarillo de la cabeza á los piés, y una noche que se presentó, como resuelto campeón, con chaleco de seda á rayas blancas y amarillas, todas las jóvenes de su partido fueron de comun acuerdo á buscarle á la primera figura del cotillon.

Este suceso, como se puede suponer, produjo gran sensacion entre las respetables señoras sentadas en el puesto de honor.

Es sensible para el verídico historiador verse precisado á referir el desagradable hecho de que Fink habia entrado en el partido verde, pero no de una manera absoluta, porque al decir del partido amarillo, se mostraba poco inclinado á las parejas de la camelia encarnada; pero habiendo aceptado con preferencia sus servicios Eugenia Baldereck, Fink segun afirmaba su amigo Antonio para excusarle, no podia sustraerse enteramente á la influencia del partido verde.

Así marchaban las cosas cuando tuvo lugar la siguiente aventura.

Theone Lara tenia un diario en el cual consignaba con una pluma de cuervo sus pensamientos y sus impresiones. Independientemente de la historia de las dos salamandras, referida ya antes de ahora, se leía en él lo que en cualquier circunstancia habia hecho latir su corazón, sus ideas sobre la naturaleza, los hombres y la reunion.

Este diario era su mayor tesoro. En un momento de inefable felicidad, habia iniciado á Hildegarda Salt en los secretos de aquella preciosa alhaja. En esta hora suprema de las confidencias y de la expansion mútua, se habian abrazado con delirio y se juraron llorando una eterna amistad.

A contar desde este dia redactaron mancomunadamente el diario; sus mas íntimos pensamientos, sus observaciones mas reservadas tuvieron cabida en él.

A consecuencia de lo graciosa y divertida que habia estado Leonor con las inseparables, una noche estas le abrieron su corazón y le dejaron ver algunas páginas de aquella interesante obra.

Desde entonces, tambien Leonor obtuvo el privilegio de escribir en ella algunas líneas. Como sobresalía no solo en trasladar al papel sus ideas con la pluma, sino en darles además la forma de la caricatura, habia diseñado en el diario varios hombres bondadosos y fisonomías imaginarias.

Hildegarda en su calidad de poetisa, habia escrito algunos versos debajo de cada una de aquellas imágenes. Esta obra, escrupulosamente guardada, no era profanada por ninguna mirada indiscreta.

Nuestras tres amigas no permitian á ninguna otra persona que lo viera ni tocara. Theone no se separaba jamás de su precioso manuscrito ni de dia ni de noche, siempre le llevaba encima.

Por la noche le tenia debajo de la almohada, y por la mañana cuando su camarera la ayudaba á vestir le metía dentro del corsé y le colocaba encima de su corazón puro é inocente. Era un librito encuadernado en seda carmesí.

Cuando Hildegarda la miraba tiernamente ó Leonor le daba en el brazo con el ramillete, ella ponía con disimulo la mano sobre el corazón. Una noche que se bailaba en la reunion, el precioso libro reposaba felizmente en su sitio acostumbrado.

Durante el primer vals, Lara estaba segura de que le tenia en su poder, pero figuraos su espanto cuando despues de un rigodon, quiso cerciorarse de que todavia el manuscrito ocupaba el lugar que le estaba reservado, y adquirió la cruel certidumbre de que ya no poseia su preciosa reliquia.

Su diario habia desaparecido; no le llevaba encima. Es de suponer que bailando se habia deslizado de su seno y habia caído al suelo.

¿Cómo podia haber ocurrido semejante desgracia? Era este un terrible misterio que ella ni sus dos amigas jamás han podido descifrar. Próximamente á sentirse indispueta, tuvo apenas fuerza suficiente para llamar aparte á Hildegarda y revelarle la horrible desgracia.

Hildegarda llamó á Leonor y las tres quedaron anonadadas. El libro sagrado se habia perdido: habia caído en manos profanas, y lo mas horrendo del caso era que tal vez se encontraba en poder del enemigo, del partido verde.

En la última página habia algunas reseñas picantes en las que figuraban todos los caballeros de la reunion, sin duda bajo un pseudónimo.

A Fink se le designaba con el nombre de *canario*, y á Tönnchen con el de *cascanueces*; pero ¿podia asegurarse acaso que los aludidos no fueran capaces de descifrar aquel lenguaje misterioso? y entonces ¿cuáles serian las consecuencias?

Serian, ¡oh dolor! la disolucion de las reuniones de baile, la causa de discusiones intestinas en las familias y la destruccion de todos los lazos de la sociedad. Theone, trastornada, pensó primero envenenarse y luego huir lejos de todos los paises donde el baile estuviera en boga.

Leonor fué la primera que se puso sobre sí.

— Busquemos sin descanso, dijo, cogiéndose al brazo de Hildegarda; puede que todavia no lo hayan recogido y esté en el suelo del salon. Yo miraré por el centro á ver si está debajo de los piés de algun caballero, tú mira por debajo de las sillas de las señoras.

Afectando pasearse buscaban por el salon, con el corazón destrozado por el dolor y la desesperacion, y con la sonrisa y la alegría en los labios.

Algunas veces un importuno se dirigía á ellas, las obligaba á detenerse y á contestar á sus necedades, mientras se encontraban en un trance mortal pensando:

— ¡Quiera Dios que no lo encuentren!

Atravesaron el grupo del partido verde, obligadas á sonreír á todos lados y á cambiar frases amables, y llegaron hasta donde estaba Eugenia Baldereck, que les preguntó si les parecia que era ya tiempo de bailar otro rigodon, recordando con este motivo que en el libro extraviado habia un retrato con este epigrafe:

« E. B. es indiscreta, insensible y atrevida. »

*Tambien sufrieron el dolor y la confusion que les

causó al pasar por el lado de Fink, que en el diario estaba representado en una viñeta, así como M. de Tönnchen acurrucado con el texto siguiente:

Como un *costal de nueces* achispado
Cantaba así un *canario* cierto dia:
Tengo el *pico* afilado
Y es tan alegre la agudeza mia,
Cual bello mi plumaje matizado.
A esto el otro replica con tristeza:
¿ Por qué fatal destino
He de tener yo hueca la cabeza?

Atravesaron dos veces el salon sin encontrar nada, y no atreviéndose á intentar una tercera pesquisa volvieron al lado de Theone.

— No nos queda mas que un recurso, exclamó Leonor. ¿Dónde está Wohlfart?

Hildegarda quiso detenerla.

— No vayas á confiar á un hombre...

— Yo respondo de él, dijo Leonor con altivez. Es uno de nuestros mas fieles aliados. ¿Dónde está?

— Está allá abajo hablando con madama de Baldereck.

Las dos amigas pasaron lentamente cerca de Antonio que estaba de espaldas, pero cuando se acercaren, un deseo irresistible le arrastró hácia el lado de la orquesta.

Al volverse, vió á Leonor que le dirigió una mirada muy significativa; cortó la conversacion que sostenia con madama de Baldereck, y dirigiéndose á Leonor, se puso á sus órdenes.

— Señor Wohlfart, le dijo, un librito con cubiertas de seda encarnada se ha perdido en el salon á Theone Lara. Apreciamos excesivamente ese libro y es menester que procureis encontrarlo.

— ¿Está impreso?

— No, es manuscrito. Pero es necesario que no le abrais, porque encierra nuestros secretos. Juradme que si lo encontráis no le dirigireis ni una sola mirada.

— Os lo juro, contestó Antonio con tono solemne.

— Gracias; pero os ruego que seais circunspecto.

Antonio se precipitó entre la multitud, y no pensó, durante un cuarto de hora, mas que en registrar todos los rincones; pero en ninguna parte se veía nada, ni encima ni debajo de las sillas.

Entre todos los criados no habia ninguno que hubiese encontrado lo que se buscaba, el libro habia desaparecido realmente. Lleno de afliccion, fué á comunicar á Leonor y á sus amigas el mal éxito de sus pesquisas.

La orquesta se puso á tocar una polka.

Theone, presa de una súbita jaqueca, no podia levantar la cabeza. Los secretos mas recónditos de su corazón estaban en poder de alguno que podia publicarlos; todo lo que se encerraba en él delicado y misterioso estaba á merced de un público frio y egoísta.

Leonor sentia mas bien el mal que este desgraciado accidente ocasionaria al partido á que ella pertenecía. Este partido corria el riesgo de sufrir una derrota de la que no podria reponerse jamás.

¡Y era necesario bailar! ¡Esfuerzo sobrenatural! Esto era bailar sobre un volcan; el suelo del salon era ardiente lava y la explosion podia tener lugar de un momento á otro. Cuanto mas pensaban las tres amigas en la suerte que les aguardaba, mas se oscurecia la perspectiva que se presentaba ante sus ojos, porque á cada momento recordaban nuevos horrores inscritos en aquel libro.

Habiendo terminado la polka, Fink, pasando por delante de Hildegarda, dió con el pié en el suelo, y le dijo:

— El suelo aquí suena hueco, no sé en qué consistirá; tal vez aquí bajo nuestros piés habrá escondido algun tesoro.

Hildegarda se lanzó hácia Leonor y su desolada amiga, y exclamó fuera de sí:

— M. de Fink lo sabe todo.

Los lazos amarillos se arremolinaron en un rincon: las jóvenes inclinaron unas contra otras sus cabezas y se pusieron á deliberar. Al fin, estuvieron de acuerdo sobre que la alusion de Fink daba mucho que pensar, pero que este no era un indicio cierto de tal desgracia.

(Se continuará.)

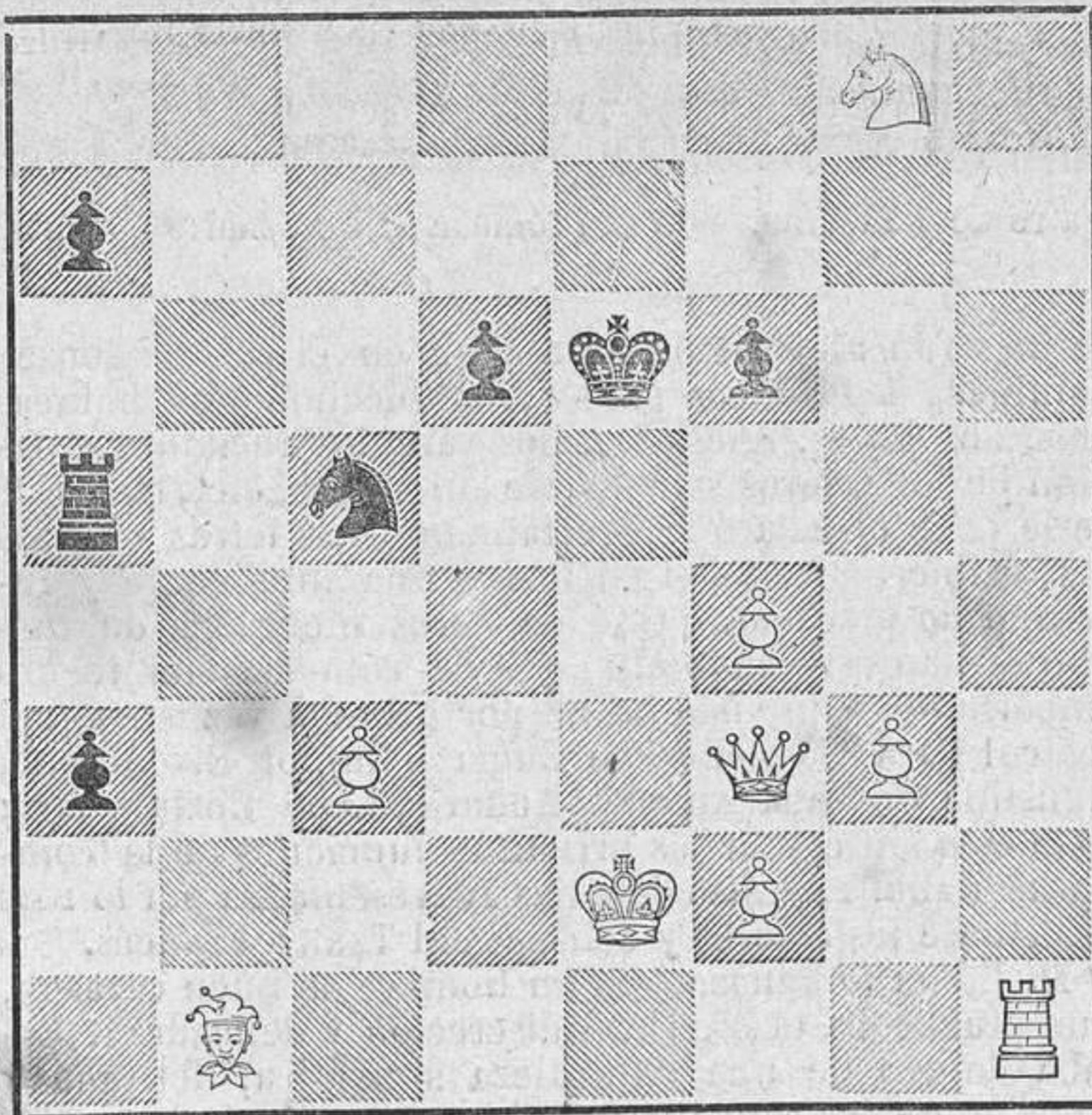
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 252.

- 1 T 7ª Ra P 6ª CRª
- 2 A 7ª TR R toma P
- 3 Ra 5ª ARª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 253, POR M. J. MULLER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

Flourens.

¡Qué de teorías se ven destruidas diariamente por aquellos mismos que las emitieron y defendieron con pasión! Por ejemplo, Bichat sostiene que no puede conciliarse en el hombre una desigualdad de peso y de volumen en los hemisferios cerebrales con la integridad de las facultades intelectuales, y habiendo muerto á treinta años se ve, por medio de la autopsia, que este vicio de configuracion existia en él en el mas alto grado, y que uno de los lados del cerebro, era mucho menos pesado que el otro. M. Flourens en su *Tratado de la longevidad humana*, señala á la juventud y á la virilidad límites mucho mas prolongados que los ordinarios, y muere anciano y lleno de dolores á la edad de sesenta y tres años.

Pocos hombres científicos han trabajado tanto como M. Flourens.



Flourens.

Llamado en 1828 á la Academia de ciencias, vino á ser muy luego uno de los intérpretes oficiales de la Academia; en 1832 le dieron la cátedra de anatomía comparada en el Museo de historia natural, y posteriormente fué nombrado profesor en el Colegio de Francia. En 1840 Flourens se presenta en la Academia Francesa en competencia con Victor Hugo, sin otro repertorio literario que los *Elogios históricos* que pronunciaba cada año en la Academia de ciencias, en su calidad de secretario perpetuo; elogios notables seguramente, por la elegancia, delicadeza y claridad del estilo. Nadie dudaba del nombramiento de Victor Hugo, mas la Academia quiso dar á un fisiologista el sillón que habian ocupado ya Buffon, Maupertuis, Vicq-d'Azyr y Jorge Cuvier, y Flourens fué preferido al ilustre poeta.

Diputado, par de Francia y comendador de la Legion de Honor desde el año 1845, Flourens ha trabajado mucho, pero tambien ha visto satisfechas todas sus ambiciones.



E. Benazet.



Incendio del teatro de Belleville. — Vista tomada del escenario despues del siniestro.

Con un carácter amable y conciliador, y una inteligencia firme y recta, Flourens tenia muchos amigos y su muerte ha causado un sentimiento unánime. Deja dos hijos; el mayor es actualmente auditor en el Consejo de Estado, y el segundo un sabio que reemplazó á su padre en el Colegio de Francia durante un año, está dotado de un espíritu aventurero, y no hace muchos meses se encontraba aun en medio de los insurrectos cretenses.

Flourens nació en Maureilhan, aldea del departamento del Herault. M. D.

M. Eduardo Benazet.

M. Eduardo Benazet, que acaba de morir en Niza á consecuencia de una larga y dolorosa enfermedad, era director del establecimiento llamado de la Conversacion en Baden. Habiendo sido cuando joven abogado en Paris, y condecorado luego bajo el reinado de Luis Felipe, en su calidad de comandante de batallon de la guardia nacional, pasó á Baden en 1848 á ocupar la difícil posición que habia quedado vacante por la muerte de su padre. Gracias á la iniciativa de M. Eduardo Benazet,

se hicieron mejoras de toda clase en el pais badense: caminos, magníficos paseos, establecimientos balnearios, hospitales, iglesias, asilos para los ancianos, creación de los nuevos salones, de un teatro, etc., todo esto se le debe directa ó indirectamente. Las letras y las artes recibieron tambien en Baden una inteligente y generosa hospitalidad. ¡Qué de obras musicales de mérito se han estrenado allí, qué de comedias no menos importantes han visto la luz por primera vez en aquel teatro! Para él escribieron Eugenio Guinot, H. de Pène, Agustina Brohan, Amadeo Achard, Leon Gozlan, etc.; todo esto sin contar las brillantes funciones de la compañía italiana, y las comedias representadas por lo mas selecto de los actores y actrices del Teatro Francés.

M. Eduardo Benazet era un hombre de buen corazon, que practicaba el bien con discrecion y delicadeza. Estaba dotado de una naturaleza simpática, delicada y fina, que ejercia una irresistible seducción sobre todos los que le rodeaban. C. DE L.

Incendio del teatro de Belleville.

La semana última, mientras dábamos cuenta á nuestros lectores del incendio que ha devorado una de las

primeras escenas líricas, un teatro de las aliguas afueras de Paris, el de Belleville, situado en el 20º distrito, era igualmente presa de las llamas.

En la madrugada del 10 de diciembre, á eso de las tres, se declaró el fuego: los ladridos de un perro dieron la alarma, y al punto se organizaron los socorros y se pusieron en juego ocho bombas; pero el edificio ardia como si fuera de estopa, y todos los esfuerzos debieron limitarse á concentrar el incendio en su foco. A las seis y media se habia alcanzado este objeto, pero por desgracia hubo que deplorar un grave accidente; una hora antes se habia hundido el tablado que formaba la platea, donde habia varios bomberos y soldados ocupados en preservar esta parte del edificio, y todos los trabajadores quedaron sepultados bajo los escombros y debieron ser trasladados mas ó menos heridos al hospital mas próximo.

Nuestro dibujo representa el aspecto de las ruinas el dia siguiente del siniestro; en primer término el escenario, luego la sala llena de escombros y cenizas humeantes aun, y en el fondo el cuerpo saliente, donde estaba el salon de descanso. Toda la disposición interior del teatro está destruida; únicamente los muros quedan en pié, pero la obra de fábrica está calcinada y no servirá, de modo que solo se ha preservado en realidad la parte del edificio que ocupaban los cuartos de los artistas.

P. P.